

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Cintarazos

(ARTÍCULOS INÉDITOS)



TOMO II

1927

IMPRENTA RADIO

ANCHA DE SAN BERNARDO, 73

MADRID

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Cintarazos

(ARTÍCULOS INÉDITOS)



TOMO II

1927

IMPRENTA RADIO

ANCHA DE SAN BERNARDO, 75

MADRID

JULIO CEZARDE Y FRANCA

305616113

(ANTICUOS LIBROS)

Es propiedad y queda
hecho el depósito que
señala la ley.

TOMO II

IMPRESA RADIO

AVDA DE SAN MARTIN 17

BAIÑA

LA ENSEÑANZA OFICIAL

Dos veces, que yo sepa, se ha echado a volar en «A B C» la especie de que debe suprimirse la enseñanza oficial o, por lo menos, de que debe darse tanta libertad, que estudie cada cual dónde y cómo le plazca, con tal que haya un Tribunal de examinadores que confiera los títulos académicos. Para los que de tal manera discurren, la historia y la experiencia de las Universidades deben de ser un mito. Oxford, París, Salamanca y Bolonia no les dicen nada, los sabios formados en éstos y otros centros del saber, los libros que publicaron, la cultura que representan las Universidades y los maestros y discípulos de ellas son una bicoca. El saber se debe, sin duda, a los que nada tuvieron que ver con tales centros.

¿Merece la pena de refutarse tan disparatada manera de opinar? «La unión hace la fuerza», dice el proverbio; pero habrá que añadir: «menos en el saber y en la enseñanza».

Conviene desenmascarar a los que tal

propalan: no a los que lo dicen en los periódicos, que no saben lo que se dicen; sino a los que se lo soplan al oído para que lo digan. Los sobredichos soplonos ¿serán maestros encanecidos en la enseñanza? Pues, sencillamente, hagan oposiciones a sus cátedras respectivas y muestren su saber. ¿O serán corporaciones que se meten a enseñar como a cualquiera otro menester? ¿No estamos cansados de saber que se dan maña para preparar a sus discípulos pegándolos en la cabeza, como con alfileres, las respuestitas a cada pregunta de los programas oficiales y acudiendo después a las consabidas recomendaciones? ¿No estamos todos enterados de los puntos que calzan en las asignaturas que así enseñan? Los hombres se conocen por sus obras y estamos aguardando las de esos señores que con pertenecer a un Instituto religioso ya se creen competentes para enseñar un año latín y otro física, según les ordenen los Superiores. ¿En qué manos, Dios santo, caería la enseñanza, con esa libertad? Si mal enseñan los catedráticos oficiales, digo algunos, muchos de ellos, si se quiere, con ser los más de ellos hombres encanecidos en su especial estudio y competísimos en el saber, ¿cómo enseñarían los

que a veces ni saludaron en su vida las materias que enseñan? Así, sin quitar ni poner, porque cansado estoy de saberlo y aún de haber pasado por ello. En la Universidad española se cuentan los hombres más sabios de España. Ello es tan cierto, como que los libros de valer se les deben en su mayor parte. Los programas, los métodos oficiales, las ataduras de la Ley de Instrucción Pública impiden que no se enseñe más, y sobre todo el buen número de catedráticos que o no saben y se colaron por la puerta falsa o que no tienen vocación pedagógica, en una palabra, que son meros firmantes de la nómina. De ellos hay más de lo que fuera menester. Bárraseles, si es posible, y bárranse las nulidades de todos los demás cargos oficiales, que en la enseñanza hay abusos como en todo lo demás. Pero ¿dónde, fuera del Profesorado oficial, se hallará un Cuerpo de verdaderos sabios que se le pueda comparar?

¿Qué competencia podrían hacerles esos pozos de ciencia, cuya ciencia nunca sale a luz? Conviene que se sepa que los autores de tan disparatada idea como la de la enseñanza libre son los mismos que a todo trance batallaron siempre hasta por una cosa tan baladí como es la de que nadie

enseñe en colegios sin tener grados académicos. ¿Qué menos se puede pedir al que pretenda enseñar, que un título de licenciado o de doctor, que se consigue con sola la molestia de unos cuantos exámenes, la mayor parte de las veces sin saber los rudimentos de las asignaturas? Esos son los que abogan por la libertad de enseñanza. Hoy a misionar, mañana a confesar y pasado mañana a enseñar. Aquéllo y lo otro requieren haber estudiado teología y moral; pero para enseñar no hace falta haber cursado ni estudiado nada, basta tener buena intención, que yo les concedo «gratis et amore».

Y usted que aboga por la enseñanza oficial, me dirá acaso alguno, ¿no habla también «pro domo sua», por su porqué y su interés de clase? ¿No es usted catedrático y de ello vive? De listo se pasa el que tal me objete.

Personalmente yo le aseguro que saldría ganando con esa libertad de enseñanza. El Estado podría darme otra ocupación, si se cerraran las Universidades, o dejarme sin ninguna. Como de todos modos no podría quitarme el sueldo, enseñando yo en particular, sacaría además lo que ahora no puedo, por prohibirme la Ley que enseñe fuera

de mi clase. No soy yo de los que temen las competencias. Pásese por mi clase y se convencerá de que ni en España ni fuera de ella tengo yo por qué temer competencia de ningún género en mi asignatura. Y nadie eche a arrogancia estas palabras, porque me creo ser de los que hacen más que dicen. Y esto sobra y basta para el que me conozca y conozca cómo enseño yo a mis discípulos.

No hablo como quien es del oficio y sale por su clase. Contra ella tendría muchísimas cosas que decir, que ahora no son del caso. Lo que sí puedo asegurar es que en el Profesorado están los hombres más sabios de España y que sólo el interés de los que abogan por la libertad de enseñanza es el que tenemos que combatir. No teme el Profesorado oficial, los Profesores que valen, digo, competencia de ningún género, con tal que sea competencia noble y franca. Lo que sí tememos es la competencia que nada tiene que ver con la sabiduría ni con la pedagogía: la competencia solapada, del número, de la asociación y de la intriga. Den la cara con su firma los que piden la libertad de enseñanza, discutan en campo abierto, traigan por lo menos razones, que hasta ahora no se han traído en

esos artículos de periódico. Es lo menos que se les puede exigir. Salgan al palenque y nos veremos.

Madrid, febrero de 1924.

PROFESORADO OFICIAL

Han revuelto y traqueteado tanto la legislación sobre la Enseñanza, que lo mejor que en ella puede hacer un ministro es no menealla. Tal discurren algunos y alabaron por ello al señor Rodríguez San Pedro. Yo discuro con el sentido común: lo mal hecho, desmontarlo cuanto antes, y, si, como la organización de la enseñanza española, se cae de puro podrido, darle lo antes posible un puntapié. El señor Gimeno dicen que es de este parecer. Todos podemos ayudarle, ya que quiere, por si puede hacerlo o le dejan hacer.

Esto último tiene mucha miga, porque acaso muchos de los que enseñan no quisieran se les meneara el cojín en que están recostados; pero como lo esencial en lo de enseñar es que haya quien enseñe, y no los dientes, hay que desapoltronar a no pocos o no se hace nada. Para no dar paso en falso hablaré de lo que entiendo mejor y toco con las manos: de la enseñanza del latín en los Institutos. Nadie sale hoy de ellos sabiendo latín. Eso lo sabe todo el

mundo. ¿Qué harto tiempo se le da con dos cursos alternos, para lo que el latín sirve hoy en día? Bien, pues, si para nada sirve, quítese el latín; pero no se pierdan dos cursos en balde. Como una de las causas por qué no se hacen estudios serios y trabajos en España en historia, filología, humanidades, hasta derecho y otras ciencias sociales y morales, es por la falta de esta base del latín, y por faltar tales estudios serios y hondos trabajos jamás la cultura llegará a ser original, sino prestada de Alemania, donde por saber latín se hacen, es de creer que el humanismo venza al realismo y se decida la conservación de la enseñanza del latín.

Bien, pues para enseñar latín, hace falta saberlo. Hay dos maneras de ser latinos: la antigua, rutinaria y memorista, de entender los autores a libro abierto, de escribir y hablar latín, y la moderna, de saber todo eso por el sistema moderno, que ahonda en el habla y en las instituciones romanas y facilita su aprendizaje ahorrando tiempo, desenvolviendo las entendederas y enseñando a discurrir. Para dejar un hueco, adonde puedan acogerse los que quieran, que serán todos, y no me salten como gatos a la cara, voy a conceder graciosa-

mente que haya cinco catedráticos de latín que sepan el latín a la moderna.

Excelentísimo Señor Ministro de Instrucción Pública : los demás catedráticos de latín en España, no saben latín a la moderna y no lo pueden enseñar. Y para desmentir este atrevido dicho, quisiera hubiera un certámen, donde quedase yo apabullado, probándome lo contrario. El latín a la moderna está en cuatro o cinco autores alemanes, que no han oído acaso ni nombrar nuestros catedráticos de latín. Pero lo sabrán a la antigua. Concederé que algunos ancianos, harto jubilables, lo sepan entender, escribir y hablar. ¿Haré injuria a los demás diciendo que no lo saben hablar, que no lo saben escribir, que tal vez necesiten de diccionario para entenderlo? Ellos saben bien lo que saben, y los demás..., pues también lo sabemos. Basta ver el lujo de programas y en cambio el horror a la traducción en todas partes.

Si no se aprende latín en los Institutos, es, pues, sencillamente, porque no hay quien lo enseñe, y no hay quien lo enseñe, porque nadie puede enseñar lo que no sabe. Para la España oficial y para la España quijotil, soñadora y que se paga de apariencias y de fachenda, hay cátedras de latín en España,

servidas por catedráticos de latín; para Sancho y los amigos de la realidad no hay tales carneros, mejor dicho, hay carneros, puesto que tantos borregos salen al año con su correspondiente aprobado en la asignatura de lengua latina; lo que no hay es catedráticos y discípulos, que enseñen y aprendan latín.

Ahora que los enterados en las demás asignaturas digan si en ellas hay algo y aun algos de esto mismo. En vano se levantarán edificios, se surtirán gabinetes, se aumentará el personal del Ministerio, si no se va a la entraña del mal, a que haya profesores que sepan y quieran enseñar. Sin casa y sin aparatos el maestro verdaderamente aficionado a su carrera, enseñará; el que no lo sea se contentará con enseñar el gabinete y el edificio a los forasteros curiosos, que saldrán creyendo se enseña en España. Pero la cultura no nace ni se mantiene de creencias ni apariencias vanas; sino de hechos.

¿No hay medio de barrer todo ese Profesorado que no valga y de hacer profesores que valgan? Porque ahí está la raíz de la reorganización de la Enseñanza; lo demás es sonajear papeles, que llevan el epígrafe de Ley y considerandos tan provechosos pa-

ra la Enseñanza española como para la Enseñanza de los habitantes de Marte.

—Se hace lo que se puede. Hoy por hoy el único medio de asegurarse el Estado de la aptitud de los Profesores es la oposición.

—Vamos a concederlo todo a ojos cerrados. Pero si, hablando del latín, los vocales que forman el tribunal son otros que esos cinco que saben latín, ¿cómo van a juzgar de lo que no entienden?

Voy a suponer que allí están esos cinco. La única prueba parece debiera consistir en abrir un texto latino y que los opositores, uno por uno, y sin estar presentes los demás, dijeran cuanto supieran acerca de lo allí escrito en latín. Si se quiere, que tradujesen allí mismo del castellano al latín sin más tiempo ni diccionario. Nada de eso se hace; sino responder a un programa preparado con anticipación, lo cual puede probar la buena memoria, no el conocimiento que se tenga del latín. El único ejercicio de traducción se hace por escrito y con el diccionario, y apenas si se le tiene en cuenta para dar las cátedras.

Váyase por lo que he visto en el ejercicio práctico para cátedras de Historia, que fué presentar alguna moneda o antigualla a los opositores. Como si todos los del tribunal

no supieran que ninguno se había dedicado a numismática. El caso es cubrir el expediente y cumplir con la letra del reglamento, que está tan lindamente hecho, como que trata por el mismo rasero todas las asinaturas, hasta las más encontradas en procedimiento y método. Y esos muchachos que en las oposiciones no acertaron con el sentido de un texto, ni aun valiéndose del diccionario, son nombrados al año siguiente vocales del tribunal de oposiciones, cuando debieran estar aprendiendo muy quietecitos y vergonzositos en sus casas, lo que a su debido tiempo debieran haber sabido. Y ya para entonces, si a mano viene, habrán publicado su gramática latina, acaso aprobada por el Consejo de Instrucción Pública.

¿Es esto serio, o es jugar a entretenernos y engañarnos con apariencias de sabiduría y a darnos tono con el título de catedráticos?

Ciertamente, señalar para tan fructífera labor 20 ó 30 millones en el Presupuesto, merece todas las iras y desdenes del señor Rodríguez San Pedro y de toda persona honrada. Para eso lo mejor fuera, no dejarlo como está, sino dar al traste con todo y dejar la enseñanza en manos de los par-

ticulares. Con un tribunal entero, probo y entendido, que no dejara pasar más que a los verdaderamente impuestos en la asignatura, ya se apañarían los examinandos para buscarse profesor que les enseñase, y a los cinco años toda España conocería a los que realmente sabían enseñar y merecían formar parte del nuevo escalafón del Profesorado oficial.

No hay como la libertad y la lucha por la vida para la elección de los más aptos; ni hay como el apoyo oficial para hundir a los mejores y levantar a los más ineptos.

LOS LIBROS DE TEXTO

Los ha habido en todas partes desde que la imprenta lo permitió. ¡Horrendo martirio el de los estudiantes de antaño, ocupados durante la clase en tomar apuntes, trastocando ideas, oscureciéndolas, borrajando cual puros copistas lo que ni tiempo les quedaba para entender bien, contentándose con escribir palabras medio sueltas. Lo vemos en las clases donde no hay texto. En vez de libros, corren los famosos «Apuntes», plagados de disparates, que se reproducen y venden muchísimo más caros que los más caros libros de texto! ¡Qué cosazas se le hacen decir en ellos al profesor! Y reproducidos por la litografía o por copias de máquina de escribir, ¡qué abusivo mercado hacen de ellos los libreros!

—Venga el texto único—gritan muchos—; los libros de texto están llenos de disparates y cuestan un ojo de la cara.

Vayamos por partes. El mayor de los disparates es el texto único en las Universidades, donde se trata de enseñar «a investigar», donde el mejor profesor es el

más original, el que se sale del texto normal y común, que se supone contiene las doctrinas generales y fundamentales. Si en algún caso tiene lugar el refrán de «Cada maestrillo con su librillo», es en la Universidad, donde cada maestro debe tenerlo y cada discípulo debe tender no menos a formarse su doctrina propia, aun contraria a la de su maestro. En la Universidad el profesor puede y aun debe señalar su texto, propio o ajeno, modificándolo como se le antoje: para eso es maestro de investigación científica, para ir modificando por días sus propias ideas y corregir las del texto ajeno que escoja.

En el Instituto deben enseñarse las doctrinas más comunes y asentadas y generales, sin descender a materias discutibles ni muy especiales. El texto único estaría más en su lugar, y, sobre todo, no un programa de preguntas al cual se responda con una respuesta aprendida de memoria; pero sí una pauta de las materias y límites con que se hayan de abarcar. Determinado así el campo de estudio, debiera permitirse la libertad de que el profesor señalara su libro de texto, propio o ajeno. Lo de los textos disparatados y caros acaso se remediaría con la censura. Los textos habían de pasar

por la censura de hombres competentes y discretos, que pusieran el veto a los textos disparatados y tasasen prudencialmente el precio.

El texto único tiene muchos inconvenientes, no sólo porque cada maestrillo (no sólo maestro, nótese bien) tiene su librito, sino porque los profesores no escribirían libros ni adelantarían en su especialidad, impidiéndose de esta manera la formación de verdaderos sabios.

Importa más para el provecho y gloria de la nación el que haya unas docenas de sabios especializados, que no el que todos los españoles sepan leer y escribir. En eso del analfabetismo hay mucho que discutir; lo que no admite duda es que un grupo de sabios da mucha más gloria y provecho a la nación. Prefiero que haya un Ramón y Cajal a que sepan leer todos los españoles. De esto no sacan provecho más que algunos particulares; de lo otro lo saca toda España. Dadme una nación donde haya unas docenas de especialistas en la ciencia, con tres o cuatro, aunque no sea más, y a buen seguro que subirá la cultura general de la nación, el criterio científico general, el número de lectores y de aficionados al saber, muchísimo más que si todos

los españoles supieran leer y escribir y no hubiera hombre de verdadero saber. La pedantería, la erudición a la violeta, la vanidad ignorante señorearían, el criterio científico y literario sería rastrero, y en vez de cultura tendríamos incultura y pedantería.

Ahora bien: los sabios y especialistas comúnmente salen del profesorado, que es el que se dedica al saber y a las ciencias especiales. Esa es su profesión, saber, y no sólo enseñar en clase, sino en libros a todo el que quiera aprender. Y los primeros pasos con los que los profesores van ahondando en su especialidad y se van aficionando al estudio son los libros de texto que escriben, emulándose unos a otros. Si se les embaraza el publicar textos, se les quita este aliciente y emulación y contados serán los que apechuguen a trabajar sin descanso en materias que piden mucha constancia y cuya utilidad ven muy remota, para cuando puedan escribir obras fundamentales. Desde que se pusieron cátedras de Literatura castellana en las Universidades y de Francés en los Institutos se escriben en España libros de estas dos materias, cada vez mejores, como es natural. Donde la emulación se ofrece a muchos, muchos concurren, muchos libros se publican, y necesario es que

se publique mucho de una materia para que salga sobre ella la obra genial. No es, pues, un mal que se publiquen muchos libros de texto, sino un gran bien. Los libros medianos, con tal que no contengan disparates, el tiempo los arrumba; pero el criterio se va afinando, cada vez son mejores los libros que se escriben, y al fin salen las obras fundamentales. Así se forma un público interesado en cada materia científica, y sube por días la cultura y aumenta el número de lectores serios de la nación. La lectura de sólo el periódico, en vez de criar hombres cultos, cría eruditos a la violeta y pedantes, vicios los más opuestos a la cultura y a la sabiduría.

Aunque no hubiera otro fruto que éste, debería no impedirse la publicación de libros de texto, antes estimularse por todos los medios posibles. El texto único cierra la puerta a todo avance científico, y no parece sino que proclama a todo viento: «Aquí se halla toda la ciencia, reducida a breve catecismo. No hay que pasar más allá.» Además, por bueno que sea un libro de texto, no hay duda de que se puede redactar otro mejor, lo cual se impide con el texto único. Ejemplo tenemos en la Gramática castellana, que por tener la Academia

Española el monopolio oficial de ella no se escriben otras muchas que las irían perfeccionando. Habiendo libertad para que se publiquen los libros de texto que se quiera, cada vez los habrá mejores y no se echará el candado a la ciencia el año que el texto único se publique. Al fin y al cabo siempre la libre concurrencia fué madre de la emulación y del progreso y el monopolio estancó el movimiento hacia adelante.

PLAN DE ENSEÑANZA

I.—Escuela elemental.

El profesorado se elegirá por oposición entre bachilleres, con ejercicios que sean prácticos los más y que versen sobre todo acerca de las materias que en la escuela se enseñan y teniendo en cuenta, no sólo el saber, sino mucho más el espíritu del opositor respecto a la enseñanza; esto es, la vocación pedagógica, la exactitud, la manera de responder puntual, sencilla y clara, el deseo de saber y de enseñar, etc.

Con esto quedan suprimidas las escuelas normales y todas las escuelas de maestros.

Las materias de la escuela son: leer, escribir, ortografía, sin reglas, con solos ejercicios de copiar libros bien escritos, corrigiendo el maestro la ortografía y haciendo notar a los discípulos las dificultades ortográficas y escribiendo al dictado; las tres reglas fundamentales de aritmética; pero prácticamente y lo mismo el sistema métrico decimal; nociones de historia, geografía, ciencias físiconaturales y de la tierra y alma española.

II.—Bachillerato.

El profesorado se elegirá por oposición entre licenciados en Filosofía y Letras o en Ciencias, versando los ejercicios acerca de las materias que se enseñan en el Bachillerato y atendiendo al espíritu del opositor respecto a la enseñanza, la manera práctica de enseñar las asignaturas que lo son, por ejemplo: las lenguas, la vocación pedagógica, la exactitud y claridad en la exposición, mas que al mucho saber superficial.

Un examen de ingreso al Bachillerato acerca de las materias de la escuela, sobre todo de ortografía y de sistema métrico decimal con ejercicios prácticos. Notas: suspenso, aprobado y sobresaliente. Ha de quedar suspenso el que no esté bien impuesto en ortografía al dictado y en el sistema métrico, materias que podrá aprender o en la escuela o en clases que los particulares no dejarán de abrir para ello, siendo exigentes los examinadores. Los derechos de examen serán 10 pesetas a distribuir entre los examinadores, que serán Profesores del Instituto, según sus actuaciones en los exámenes.

Las enseñanzas de lenguas vivas, fran-

cés, etc., de dibujo, música, gimnasia, por su naturaleza no dan resultado en el Instituto y así se dejan para que cada cual las curse en establecimientos particulares, según sus aficiones. Pero para ingresar en cualquiera Facultad se exigirá examen práctico de una lengua viva, a libro abierto, lectura, traducción y dar cuenta de los hechos gramaticales del trozo, sin más teoría.

Asignaturas del Bachillerato, conforme al sistema cíclico.

Primera serie: Estudios comunes.

Curso primero.

1. «Lengua castellana» (lección diaria) : lectura de autores, enseñando en ellos el profesor los principios de la antigua preceptiva, Retórica y Poética.
2. «Geografía física de España» (lección diaria) : con ejercicios prácticos de cartografía.
3. «Historia de España» (lección diaria) : hasta los Reyes Católicos.
4. «Religión» (dos lecciones semanales) : historias del Antiguo Testamento.
5. «Historia Natural» (dos lecciones semanales) : cuadros de clasificación sobre todo.

6. «Aritmética» (dos lecciones semanales) : sistema métrico y quebrados, teórica y práctica.

Curso segundo :

1. «Lengua castellana» (diaria) : lectura de autores y métrica con ejemplo.

2. «Geografía física y política de España» (diaria).

3. «Historia de España» (diaria) : desde los Reyes Católicos hasta nuestros días.

4. «Religión» (dos lecciones semanales) : historias del Nuevo Testamento.

5. «Fisiología» (dos lecciones semanales).

6. «Aritmética» (dos lecciones semanales) : exposición razonada.

Curso tercero :

1. «Lengua castellana» (dos lecciones semanales) : Gramática, Morfología, lectura y ejercicios de composición por los alumnos.

2. «Geografía universal» (dos lecciones semanales).

3. «Historia universal» (diaria).

4. «Religión» (dos lecciones semanales) : explicación del Catecismo.

5. «Física» (diaria) : la mitad de las materias.

6. «Algebra» (diaria) : materias elementales.

Curso cuarto :

1. «Lengua castellana» (dos lecciones semanales) : Gramática, Sintáxis, análisis sintáctico, ejercicios de composición.

2. «Lengua latina» (diaria) : análisis y traducción de un texto clásico fácil, enseñando la gramática conforme se vayan presentando los fenómenos gramaticales, tanto de fonética, como de morfología y sintáxis, sin aprender nada de memoria, ni declinaciones ni conjugaciones. Práctica en el texto, injertando en ella la teoría, después de ver los hechos.

3. «Religión» (dos lecciones semanales) : Historia eclesiástica, acaecimientos principales.

4. «Física» (diaria) : la otra mitad de las materias.

5. «Algebra» (dos lecciones semanales) : materias elementales.

6. «Geometría» (diaria) : materias elementales.

Segunda serie: Estudios especiales. Letras.

Curso quinto :

1. «Literatura castellana» (diaria) : edad

media, lectura y ejercicios de composición. (Ciencias).

2. «Lengua Latina» (diaria) : como en el curso cuarto, con textos más difíciles.— (Ciencias).

3. «Griego» (diaria), como en latín.— (Ciencias).

4. «Historia del arte» (dos lecciones semanales) : visita de Museos.— (Física), complemento a lo ya cursado.

5. «Ética» (dos lecciones semanales).— (Química).

6. «Nociones de Derecho» (dos lecciones semanales).— (Geología).

Curso sexto:

1. «Literatura castellana» (diaria) : siglos XVI y XVII, lectura y composición.— (Geología).

2. «Lengua latina» (diaria) : textos cada vez más difíciles en prosa.— (Geología).

3. «Griego» (diaria).— (Geología).

4. «Historia y Geografía de América» (dos lecciones semanales).— (Física).

5. «Historia del arte» (dos lecciones semanales) : visita de Museos.— (Química).

6. «Nociones de Derecho» (dos lecciones semanales).— (Botánica).

Curso séptimo.

1. «Literatura castellana» (dos lecciones semanales) : siglos XVIII y XIX, lectura y composición.—(Botánica).
2. «Lengua latina» (dos lecciones semanales) : textos poéticos.—(Botánica).
3. «Griego» (diaria).—(Botánica).
4. «Historia y Geografía de América» (dos lecciones semanales).—(Mineralogía).
5. «Historia del arte» (diaria) : visita de Museos.—(Química) (dos lecciones semanales).
6. «Psicología y Lógica» (diaria).—(Zoología).

Profesores

De Lengua castellana (cursos 1.º, 2.º	
y 3.º... ..	1
De Literatura castellana (cursos 4.º,	
5.º, 6.º y 7.º)... ..	1
De Geografía... ..	1
De Historia de España... ..	1
De Historia Universal y de América... ..	1
De Ciencias físicas y naturales, para los	
cursos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º... ..	1
Idem para los cursos 5.º, 6.º y 7.º, me-	
nos para la Mineralogía... ..	1
De Religión... ..	1
De Ciencias Matemáticas... ..	1

De Fisiología, Química y Mineralogía.	1
De Lengua latina, para los cursos 4. ^o	
y 5. ^o	1
Idem para los cursos 6. ^o y 7. ^o	1
De Griego... ..	1
De Historia del Arte... ..	1
De Filosofía... ..	1
	<hr/>
TOTAL... ..	15
	<hr/>

Exámenes

Para los matriculados por enseñanza oficial no hay exámenes, sino que cada Profesor dará la nota de suspenso, aprobado o sobresaliente en sus asignaturas; y en el Decanato se señalará la nota de cada curso para cada alumno: 1.^o Curso tal: «Aprobado», si lo está en las tres asignaturas diarias y una de las no diarias; Curso tal: «Suspenso», en los demás casos.

Para los matriculados por enseñanza libre la matrícula de examen abonará por derechos de examen 10 pesetas, que se distribuirán entre los examinadores, según sus asistencias. El tribunal estará formado para cada curso por los Profesores del mismo y cada Profesor examinará, asistiendo los demás del Tribunal, de su propia asignatura, sólo de lo que en clase se dió con

las mismas calificaciones que a los de enseñanza oficial, dando la nota del Curso por el mismo procedimiento el Tribunal que examinó luego del examen de cada alumno. Los exámenes serán a puerta cerrada, estando solo el alumno que se examina con el Tribunal y se le dará la nota de Curso antes de llamar a otro examinando. Serán llamados por orden de matrículas y sin que haya segunda vuelta, perdiendo la matrícula el que no se presente al primero y único llamamiento.

Examen de grado para obtener el grado de «Bachiller en Ciencias» o «en Letras».

El Tribunal se formará por todos los Profesores de cada una de las dos ramas, según se examine el alumno de una o de otra, y cada Profesor le examinará de sus asignaturas, todo a puerta cerrada como en los exámenes anteriores. Conferirán los Profesores, salido el alumno de la sala, las notas, dándose la del grado, suspenso, aprobado o sobresaliente, por mayoría de votos del Tribunal. Los derechos de examen de Bachiller serán 25 pesetas, que se distribuirán entre los vocales del Tribunal.

Se encarga muy mucho a los Profesores

el ser exigentes en todos los exámenes, pero mucho más en el de Bachiller. El suspenso en este examen no podrá volver a repetirlo sino después de pasado un año. En los demás podrá examinarse en la próxima convocatoria.

¡A TRABAJAR!

Esta voz no se oye en España, y no debe oírse, porque eso equivale a decir: «¡Púdrete en tu propio sudor y muere, cobarde!» El que en España trabaja es un cobarde o es un memo. Cobarde, porque huye de la lucha, y la lucha aquí es la intriga sin trabajar, la intriga desvergonzada que unta y se deja untar, la desvergüenza intrigante, que dobla el espinazo a los tunos para que después otros tunos se lo doblen a ella. El hombre honrado que pretende trabajar para vivir teme la desvergüenza, huye de la deshonra: ¿no es eso cobardía? Que si no sabe cómo se medra, si no entiende de untos, de dobladuras, de intrigas, es un memo.

¡A trabajar! No, jóvenes que emprendéis el camino de la vida con las flores de la esperanza en el corazón, no seáis memos ni cobardes. Echad de vuestro corazón esas flores, esa sencillez, ese candor; llenaoslo de hieles, de mala intención y, sobre todo, de doblez. No os figuréis, incautos, que el camino derecho lleva a la meta. Vedlo, por

él sólo caminan los memos y los cobardes, unos y otros sudorosos y agobiados de trabajar, desfallecidos de hambre; y cuando se crean tocar a la meta, darán de bruces contra la fría roca del desdén y se quebrarán la cabeza. El camino seguro es aquí el torcido, y cuanto más torcido más derechamente lleva a lo alto. Las cuestas no se vencen de frente, sino ladeando. ¡Desdichados de los que os pasáis los años desojándoos entre libros! El tiempo que entre ellos malgastáis lo emplea el otro en divertirse, si es sobrino del ministro, hijo del cacique, primo del subsecretario; si es hijo de nadie, sabe que le aguarda una recia tarea de servilismos, de lisonjas, de tercerías en los enjuagues de los porteros de los sobrinos del hermano del cacique o del ministro o del subsecretario. El que por estas torceduras no se atreva a caminar es un cobarde, si está al tanto; un memo, si lo ignora. ¿Crées tú, desventurado, que quemándote las cejas en resolver problemas y teoremas matemáticos, después que inventes otro cálculo de mayor atajo que el diferencial o integral, cuando tu nombre corra celebrado por el extranjero, te darán una cruz de Alfonso XII, por tus merecimientos en pro de la cultura y nombre de España? ¿No ves

que hay a docenas políticos que las pretenden, que han sabido más que tú, pues dieron con el camino torcido de la política, y han sido más valientes que tú, pues se metieron a muñidores de caciques, a testaferros de periódicos de ministros, a secretarios particulares de los prohombres, quiere decir a encubridores y terceros? Y tú, que te pasas la vida en un gabinete de química, cuando descubras los rayos Z y concursas una cátedra, con rayos Z no se hacen méritos para con el ministro que la ha de dar, el cual, en cambio, sabe que le elevaron fulano y mengano, tiene que dar la cátedra que pretendes a mengano que se la pide para un zopenco, y lo que siente es que no haya dos para contentar a fulano que para otro mastuerzo la solicita.

Y ese otra ave fría, que se ha gastado sus cuartos en aprender en Alemania cuanto toca a Municipios, creído que con todo ese bagaje le iban a nombrar concejal de Madrid, ¿pues no ve, el muy simple, que esos años se los han pasado dos docenas de pretendientes en hablar en mítines contra el Gobierno, hasta que el prohombre tal o el primate cuál les llenen la boca, que no puedan chistar, con los votos necesarios para birlarte el puesto? ¿Y qué harías tú con tu

cuerpo lleno de tonta honradez y tu cabeza henchida de doctrina, si todo eso sobra en el Municipio madrileño, y lo que hace falta es afilarse bien las uñas y taponarse las orejas a los que como tú clamen contra los cohechos? ¿Pues no sabes, pazguato, que te embutes de leyes para poder pretender el día de mañana un Juzgado municipal en la Corte, que esos puestos se quedan para los paniaguados a quienes deben mil favores perengano y cicrano? ¿No ves que pretendes vivir en Jauga y Jauga está lleno de bote en bote de acreedores de tanto político ilustre?

Sois unos memos que no entendéis la aguja de marear, o unos cobardes, que no os atrevéis a embarcaros. Me dirá el otro, que bien conoce él ser la política el único camino para subir y valer, y que a la política se llega sirviendo al cacique, halagando a tal personaje en los periódicos, convirtiendo con su pluma los mayores desafueros en gloriosos hechos y embistiendo al que pretenda decir la verdad; pero que él no vale para político ni para servidor de políticos. Pues, ven acá, simplón, que no hace maldita la falta ser político para asaltar un puesto y cobrar tres nóminas, dos de gratificación sin carga, y otra de haber con

cargo. Vete en casa de fulano. Tiene puesta tienda de mercería. No te espante el ver que toda la mercería de su almacén no vale doscientos reales, que harto bien pagada está la tapadera. No vive de eso el infeliz. Tampoco conoce a ningún político; no trata más que con cuatro empleados de 6.000 reales, que naturalmente tampoco viven de su empleo. Estos empleados tampoco se rozan con políticos de alta guisa; pero son uña y carne con zutano y perengano, correveidiles éstos sí de los peces gordos. Los cuales nunca sacan la cabeza del agua ni dan la cara; para eso son los correveidiles que se valen de los empleados, como estos del mercero que te digo y de otra gente menuda «eiusdem furfuris» que tienen tienda o bufete de mentirijillas. No te arredre el mal pelaje del mercero. Creerás que ni sabe expresarse, cuanto menos entender del asunto que a él te lleva, ya sea de la jurisdicción de Guerra, de Marina, de Fomento, de Gracia y Justicia o de Instrucción Pública. Tampoco te achiques por lo importante del puesto que pretendes. Lo único importante es que des con el mercero o con los otros de su jaez. ¡O si todos los pretendientes le conocieran por lo que vale! El mismo te tasará el servicio con-

forme a la cuantía de los emolumentos que te ha de rendir el cargo. Cierra los ojos, abre la bolsa y échate a dormir. Ello correrá como una seda. No gastes tacones en callejear, visitar, husmear, escribir ni pedir el menor favor. Todo eso huelga; cielo y tierra trabajan por ti, mientras duermes. ¡O poder del dinero!

“DUELOS Y QUEBRANTOS LOS SÁBADOS”

Frase del *Quijote* tan traída y llevada por los comentaristas y, por consiguiente, cada vez más envedijada y por aclarar. El que más a pecho ha tomado el explicarla ha sido Rodríguez Marín. Cree él que son huevos con torreznos. En el primer tomo de su edición crítica del *Quijote*, publicado en 1916, escribe (pág. 80): «Después de publicada mi edicioncita del *Quijote* (edi. de «La Lectura») han visto la luz pública dos muy estimables escritos acerca del famoso manjar, debido el uno, que se titula *Duelos y quebrantos*, a la bienazonada erudición del señor Morel-Fatio (que, por acceder amablemente a mi deseo, ha añadido un interesante *post-scriptum* a su antiguo estudio sobre el tan traído y tan llevado plato cervantino), y muestra el otro, intitulado *Dos notas para el «Quijote»*, de la vasta cultura de doña María Goyri de Menéndez Pidal, quien no sólo ha hallado la obra cuyo título y autor callé adrede (*Mojiganga del Pésame de la Viuda*, atribuída a Calderón) y cuyo pasaje

«... huevos y torreznos bastan,
que son *duelos y quebrantos*...»

es el más concluyente de cuantos testimonios han parecido hasta ahora, sino otro texto útil, antes no exhumado por nadie, de *La serrana de Tormes*, de Lope de Vega :

«Pardiez, señor, *doze huevos*
para duelos y quebrantos.»

El nuevo trabajo del señor Morel-Fatio ha visto la luz pública en el *Bulletin Hispanique*, t. XVII, núm. I, pág. 59, y el de doña María Goyri, en la *Revista de Filología Española*, t. II, cuaderno I.»

Hasta aquí Rodríguez Marín, el cual para nada ha tenido en cuenta otro trabajo sobre este punto, publicado el año 1914, dos años antes de su edición crítica del *Quijote*. Aludo a mi edición del *Lazarillo*, donde traje algunas nuevas pruebas, que creo valen algo más que las aducidas por Rodríguez Marín. El lector juzgará. El texto de *La serrana de Tormes*:

«Pardiez, señor, *doze huevos*
para duelos y quebrantos.»

más bien prueba que los huevos no son duelos y quebrantos, aunque formen parte

de la comida así llamada. El de la *Mojiganga*

«... huevos y torreznos bastan
que son *duelos y quebrantos*...»

admite varias interpretaciones, pero no prueba como «pasaje concluyente» que los *duelos y quebrantos* sean huevos con torreznos. En primer lugar cabe la interpretación metafórica de que *huevos y torreznos* es comida vulgar, aldeaniega y de pobres, como era comida baja y de poco tono la de *duelos y quebrantos*, que se permitía los sábados y se comía, digamos por necesidad, por no poderse comer cosa mejor. El texto significaría «huevos y torreznos bastan, que son» manjar tan despreciable como los *duelos y quebrantos*.

Pero supongamos que el texto emplee con propiedad la expresión. Para cuando Calderón u otro de su época escribió la tal comedia algo habría mudado el valor de *duelos y quebrantos*. Efectivamente, suponiendo que en el siglo XVI *duelos y quebrantos* son los desperdicios de reses, entre ellos la cabeza con sus *sesos*, como yo creo que lo eran, *los sesos*, como parte de esos desperdicios y que, sin duda, era la parte mejor, hubieron de rebozarse con huevos. Cuanto a

los torreznos podían hacerse con trozos de los desperdicios del cerdo. Así que los sesos con torreznos, que entraban en la antigua comida llamada *duelos* y *quebrantos*, admitieron los huevos, y huevos y torreznos vinieron a tomar el nombre de *duelos* y *quebrantos*.

Pero se trata de explicar el valor de esta frase en el siglo XVI y comienzos del XVII, no en tiempo de Calderón. Y aquí conviene reproducir mi nota al *Lazarillo*, impresa en 1914, dos años antes de haberse publicado la edición crítica del *Quijote* por Rodríguez Marín, que para nada la tuvo en cuenta.

Dice *Lazarillo* (mi edición, pág. 130): «Los sábados cómense en esta tierra cabeças de carnero y embiauame por una, que costaua tres marauedís. Aquella le cozia y comia los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne, que en las quixadas tenia, y dauame todos los huesos roydos.»

Mi nota es como sigue: *Cabeças de carnero*. Esta costumbre tuvo origen a consecuencia de la victoria de las Navas en 1212. «Por este vencimiento desta batalla, que los cristianos ovieron contra los moros, fué instituída la fiesta del Triunfo Sanctae Crucis (que es en el mes de julio) y fué hecho voto de no comer carne el Sabado en Es-

paña.» (DIEGO RODRÍGUEZ DE ALMELA, *Valerio de las historias escolásticas*, l. I, t. 4, c. 7). Con el tiempo entró la costumbre de poderse comer *cabeças de carnero*, por lo menos en Maqueda y en esta tierra. A lo mismo se refiere lo que halló Morel-Fatio en documento de 1594 (*Descrip. de las cosas curiosas y neces. de saberse a los que partieren de Yrun para Madrid*, Bibl. Nac. París, Mus. esp. 284, págs. 34 a 38): «En los sábados se podía comer libremente cabezas o pescuezos de los animales o aves, las asaduras, las tripas y pies y el gordo del tocino, excepto los pernils y xamones.» (CFR. MOREL-FATIO, *Etud. sur l'Esp.*, 3 serie, p. 423.) La tal costumbre de Maqueda y de esta tierra era, por consiguiente, de otras partes de España, y no está tan lejos de Maqueda la Mancha que no lo fuera igualmente de ella. En efecto, eso dice Cervantes que comía Don Quijote (I, 1): «duelos y quebrantos los sábados». No cabe duda que *duelos y quebrantos* eran para Cervantes lo que *cabeças de carnero* para el autor del *Lazarillo*, y, probablemente, del *Lazarillo* lo tomó Cervantes, o, por lo menos, se acordó de este pasaje. «Quebranto llaman en la Mancha a la tortilla de huevos y se-

sos», dice Covarrubias. Los tales *sesos* eran los de las *cabeças de carnero* del *Lazarillo*, donde se añade: «Aquella le cozia y comia los ojos y la lengua y el cogote y *sesos*.» En España, a esas partes de las reses que dice la *Descripción* hallada por MOREL-FATIO, siempre se han llamado *los menudos*, y esos eran los permitidos los sábados, no sólo en Maqueda y en la Mancha, sino en toda España. BOBADILLA, *Polit.*, l. 3, c. 4, n. 97: «*Los menudos de carnero*, que se reparten los *Sábados*, deben darse primero a la Justicia y Regimiento.» Ahora bien: *menudos* se dijeron de ser las partes peores de la res, y esto mismo indica el nombre de *quebrantos* por *sesos* en Covarrubias, además del *quebrantar* los huesos de la cabeza para sacarlos. Por eso declaré yo el dicho del *Quijote*, después de traer todos estos textos, diciendo que se alude «a esas partes secundarias y como desperdicios, permitidos los sábados..., pudiera haber sido el llamar *quebrantos* a todos esos despojos, huesos quebrantados, etc., y luego, por asociación de ideas, ya que se trata de la comida de pobres en los sábados, se añadiría el *duelos*, pues por *penas* y *miserias* se decía *duelos* y *quebrantos*, *duelos* y *querellas*.» La frase del *Quijote* no parece fuera exclusiva

de la Mancha, pues, como allí cité, Lope de Vega, en las *Bizarrías de Belisa* (I, 9), escribe: «Almorzando unos torreznos con sus *duelos y quebrantos*.» Por este texto se saca que los torreznos podían comerse con *duelos y quebrantos*, pero que no eran *duelos y quebrantos*.

Con todo eso, el insigne comentador R. MARÍN (*Quij.*, t. I, p. 50) dice que «todavía a la hora de ahora está la pelota en el tejado» y que, «según otro texto más terminante y *más manchego*, ... para una cuitada/ Triste, mísera viuda/, Huevos y torreznos bastan/, Que son duelos y quebrantos.» Como no nos dice qué texto sea éste, de quién y qué autoridad tenga, añadiendo «remito al lector curioso a la (nota) que pondré en la edición extensamente comentada que preparo», dejándonos así a media miel, aguardemos a que se declare más, y, en el entretanto, al menos para mí, duelos y quebrantos serán las *cabezas de carnero del Lazarillo*, con sus *sesos*, los *sesos* y demás de Covarrubias, las *cabezas o pescuezos de los animales*, etc., del documento de 1594 y *los menudos de carnero que se reparten los Sábados*, de Bobadilla.»

EL CASTELLANO EN CASTILLA

Con este título acaba de publicar una monografía el ilustre escritor mexicano don Manuel G. Revilla, a su vuelta de España, de la cual ha tenido la atención de regalarme y dedicarme un ejemplar. No es de temer sea en menoscabo de nuestra buena amistad el contrastarle yo aquí en público algunos de sus juicios y doctrinas, ya que su verdadero saber y sanas intenciones quedan a salvo en mi ánimo y en el de los lectores. Como algunas de esas doctrinas corren por América, participando de ellas no pocos publicistas, y tocan a lo vivo del Castellano que todos, americanos y españoles estamos empeñados en guardar limpio del polvo y paja que se le pudiera ir pegando, importa ponerlas en tela de juicio y apurarlas en el crisol de la crítica para ver de qué metal son y hasta dónde llegan sus quilates.

El señor Revilla, cuanto a la manera de hablar castellano, ha quedado muy pagado de Valladolid, y no tanto de la Corte de

España. Con él me entierren. Con todo y con eso, aquello de que por llamarse castellano nuestro idioma haya de hablarse mejor en Castilla la Vieja que en el resto de España y América pudiera pasar entre personas ajenas a estos estudios, mas no debiera ser parte para que el señor Revilla, sin conocer el habla de otras comarcas españolas, asentara sin más que esa es «la región donde mejor se habla nuestro sonoro idioma». Cuanto a la pronunciación, tan clara y acaso más briosa y distinta se deja oír en Aragón y la Ribera del Ebro, en Navarra y Rioja, mientras que en gran parte de Castilla la Vieja retiene ya el dejo del dialecto leonés, que suena francamente en León, Zamora, Salamanca y parte de Extremadura. Con agudo acierto de lingüista ha notado el señor Revilla cierto sonido en que convierten la *ll*, la *ch* y la *y* los chulapones madrileños y mucha de la gente baja, que se pica de asemejarseles; cosa en que no habrán caído no pocos maestros y catedráticos españoles. Escribe él dicho sonido con *ts*, por ejemplo Vatsadolid por Valladolid, tsico por chico, tsa por ya; yo lo escribiría *dj*, conforme a la transcripción fonética recibida por los lingüistas. Parece mucho a la *j* del catalán *jardi* y aun a la

del francés *jardin*; aunque es más suave y menos sonora, digo con menor resonancia en las cuerdas vocales. Es un curioso fenómeno de atavismo, pues es el sonido con que hasta mediado el siglo XVI sonaba la *j* de *jardin* y de *hijo*, que en la meseta castellana se mudó en la *j* de ahora y en las tierras bajas del litoral en toda la Península se ha conservado más o menos. Perdida dicha pronunciación en la *j*, ha pasado a la *ch*, *ll*, *y*. En Andalucía suena *mudjadjo* por *muchacho*, con dicho sonido; algo más suave se deja oír también allí en la *y*, *dja* por *ya*; y, por consiguiente, en la *ll*, que confunden con la *y*, *podjo* por *pollo*, aunque con matiz todavía más suave. De Andalucía, tierra de los *chulos*, vino a Madrid, tierra de los *chulapos* y *majas*, que hay que considerar como una rama nacida de aquel tronco recio y castizo por donde corre la *savia* más española en esta línea de *bizarría* en la expresión. La historia de la evolución de los sonidos silbantes en España es muy enrevesada; pero cifra el natural pinturero y fantástico de la raza, arraigado como en *juro* de heredad en tierras andaluzas.

Si la pronunciación es más pura en Castilla que en Andalucía, si bien menos bri-

sa que en la cuenca del Ebro, la riqueza léxica y la propiedad en el decir paños son harto dificultosos de sacar en limpio, y extraño sobremanera que en ellos dé tan fácil corte el señor Revilla. Por cuanto él haya podido observar en Valladolid durante ocho días, aun dejado aparte el que no haya estado ni en Aragón ni en Toledo ni en Andalucía ni en Extremadura, es de todo punto imposible haya llevado concepto ni medio cabal del caudal léxico usado en Castilla la Vieja, y menos en parangón con el que corre por el resto de España. No es en las ciudades populosas donde mejor y más rica y propiamente se habla el castellano; hay que retirarse a las aldeas y sierras más traspuestas. Puedo asegurar que hay mayor riqueza de palabras propias y de antiguo conservadas o derivadas castizamente en Aragón y en las serranías andaluzas, que en la meseta castellana, ganando a las demás regiones Aragón. Pero sobrepuja a todas Andalucía en el florear metafórico de palabras y frases. En Castilla la Vieja se han perdido muchas voces, conservadas en otras partes; aunque bullan allí más que el doble de las que registran los Diccionarios conocidos. En ellas guardan más puramente los castellanos viejos la pro-

piedad radical, que los aragoneses y andaluces. En la derivación y composición y en el caudal radical está primero Aragón; en el derramamiento metafórico de las voces llévase Andalucía la palma; en la propiedad etimológica gana Castilla la Vieja Soltura gramatical y trabazón sintáctica, riqueza de partículas conjuncionales y corte de la frase, en una palabra, manejo suelto y rico de la gramática, campea más que en ninguna parte en el habla de Toledo y la Mancha. Ni una golondrina hace verano, ni una voz o una manera de decir señalada tienen nada que ver aquí, y pudieran traerse a puñados de cualquiera tierra donde se habla castellano, de América tanto como de España; lo que acabo de afirmar tómese hablando por mayor y a bulto.

Pero en España somos unos cuantos a volver siempre por los libros viejos, y los libros viejos tornan a estamparse y poco o mucho algo se leen; mientras que en América se dicen cosas como las siguientes: «Quítese la sin igual prosa de todo el *Quijote* y algunos trozos de Fray Luis de Granada, y el resto de los viejos prosistas clásicos españoles se nos caen de puro apolillados.» Esto dice el ilustre escritor mexicano Manuel G. Revilla, en folleto reciente

sobre *El Castellano en Castilla*, que acaba de publicar a su vuelta de España y que ha tenido la bondad de regalarme.

Si el Sr. Revilla, que saboreando tan a gusto de su paladar el habla castellana en Valladolid mostró conocer el tuétano de nuestro idioma, y que siendo uno de los mejores escritores mexicanos tiene voto en estas cosas, dice, como quien no dice nada, las palabras que he copiado, ¿qué no dirán o pensarán de nuestros clásicos los escritores americanos que no sean Revillas ni hayan tomado en sus manos otros libros viejos fuera del *Quijote*, que son los más? Hablando lo que siento, yo me barrunto que el Sr. Revilla no ha leído esos libros que dice se le caen de puro apolillados. ¿Cómo quiere que le crea yo, que, siendo escritor tan elocuente, se le hayan caído de las manos *Los Nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, pues está por escribir en castellano trozo de más recia y demostina elocuencia que el *Brazo de Dios*? ¿Ni cómo le voy a tener por tan zafio poeta que suponga no se haya relamido con las poesías de San Juan de la Cruz o con su prosa, que son mieles poéticas desleídas? Yo le aseguro que no conoce el centenar de pergaminos que en mi librería tengo a

su disposición, de frailes por más señas, y muy puestos en sus doctrinas místicas; pero que por su desenvoltura y desenfado en el pensar y discurrir, por su bizarría y donosura en el rodear a la española el pensamiento, por su realismo sano de nervios, vivo de color, desahogado de postura, por su valentía, primor y sonoridad en el decir, no son pergaminos que se le cayeran de puro apolillados a persona de tan delicado gusto como el Sr. Revilla. Ensogado seméjase el estilo de los más rotos escritores de nuestros días cuando los leo después de regostarme en un par de folios de aquellos frailucos, que algunos tienen por apocados como gentes de sacristía, sin considerar que sacristías y sacristanes, frailes y todo Dios no son unos en todos tiempos, y que todo evoluciona. A veces hacia atrás, como esto del escribir castellano. Y ya que te cogí, no te suelto, que a eso iba: a la evolución, sino que me quedé distraído por las afueras. Los americanos no conocen el castellano clásico, y así una de las cosas que más me maravillan y espantan en este mundo es oírles los aspavientos que hacen de la riqueza y donosura de nuestra lengua castellana. ¿De cuál? ¿De esa encadenada, canija y afrancesada que suelen gastar ca-

balmente los que tan a los cuernos de la luna la suben? Eso es jerga dura y rala, buena para arrieros; eso no es castellano. El francés le lleva cien leguas de ventaja, y tal viene a creer el mismo Sr. Revilla, si se saca la conclusión de estas sus palabras: «Reconozcamos, por final de cuentas, que ese señorío ejercido por los escritores modernos franceses sobre los escritores españoles contemporáneos ha sido menos nocivo de lo que se afirma constantemente. A vueltas de un centenar o más de voces espúreas, reprecensibles a todas luces, que a los segundos han tomado los primeros, los escritores castellanos, al contacto con los de Francia, han adquirido vivacidad, frescura y gentileza, perdiendo no pequeña parte de aquella rígida sequedad de vieja aula universitaria, de aquel sombrío ambiente de claustro conventual, de aire confinado, que se siente en la mayor parte de los autores españoles, así como de ese recargo de ornato, pesadez de movimiento y tendencia amplificadora a que fueron por demás inclinados.» O no sé leer, o puedo sacar de aquí que el francés es más vivo, fresco y gentil que el castellano que hoy se escribe. Y acaso tenga razón. ¿A qué, pues, ponderar tanto este castellano moder-

no, el único que conocen los americanos? Otra cosa sale naturalmente de esas palabras, y es que el decir de nuestros clásicos era rígido y seco, como de aula universitaria, recargado y pesado de movimiento y qué sé yo cuántas cosas más, debidas al aire confinado que se siente—dice—en la mayor parte de los autores españoles. Repito que el Sr. Revilla que esto escribe no los ha leído, y aun por eso, en un párrafo habla de «contactos, ambientes y aires confinados», que no supieron nuestros clásicos qué cosas fueran, ni cómo se comían, ni las saben ni pueden tragarlas los aldeanos españoles ni americanos. Y créame el Sr. Revilla, cosa que no pueda tragar aldeano español o americano no es castellano limpio. Esa zupia de voces y el meter en cepa nuestro idioma es lo que nos ha traído el francés a España y les ha llevado a América. Sinó que aquí los libros viejos se leen algo y allí se desprecian antes de leerlos, tal vez porque les huelen a sacristía de aire confinado o a claustro conventual de sombrío ambiente. Otro ambiente más sano y más puramente castellano hanse ido a buscar los escritores americanos para dar gentileza, vivacidad y frescura a su estilo. Y lo han ha-

llado en París. Desmaravillémonos de que se escriba por América tan viva, fresca y gentilmente, y ¡a ello!, ya lo sabéis, escritores españoles, a Francia a aprender castellano.

EL PORQUÉ DEL UNIVERSO

¿Qué hago yo en este mundo? Vivir. ¿Y qué es vivir? Nacer y procurar no morir, comiendo, durmiendo, cuidando mi salud, trabajando para poder comer, dormir y tener salud. ¿Y cuando me llegue la hora de morir, morir? Un sin fin de hombres han pasado así por la vida, un sin fin pasarán después de mí. ¿Y ese vivir o pasar por este mundo unos años tantos hombres, porqué, para qué? Tal pregunta no se la hacen las piedras, ni los animales, ni los árboles: ¿por qué nos la hacemos los hombres? Porque tenemos entendimiento, y los demás seres de la tierra no lo tienen. Creen muchos que el entendimiento lo tiene el hombre para vivir como los animales, supliendo con él las facultades en que nos ganan y para vivir vida intelectual, como los animales tienen sobre las plantas sensibilidad para vivir vida sensitiva. Total, todos los seres tienen medios para poder ser y vivir; pero ¿por qué han de vivir? ¿Qué razón hay para que haya vida? ¿Qué finalidad es ésa de que

el universo conste de minerales que son, de animales que sienten, de hombres que entienden? Esto es preguntarnos de dónde venimos y adónde vamos, preguntas que sólo el hombre se hace. Responder que no hay para qué ni porqué se haga tales preguntas es querer vivir como los seres sin entendimiento. Tenemos entendimiento que nos fuerza a hacernos esas preguntas. ¿Debemos rechazar tal curiosidad y dejarnos llevar, como los animales, sin pedirnos cuenta del porqué del universo y de nuestra vida? Así piensan algunos, y como si tal pensaran proceden los más de los hombres. Y lo más de maravillar es que los más de los sabios se pasan la vida haciendo preguntas parecidas, preguntándose el porqué de las cosas de este mundo para hacer adelantar la ciencia. ¿Y qué nos pueden importar los porqués de las demás cosas, si no sabemos el porqué de nosotros mismos? *Nosce te ipsum*. Si es tontería, como muchos de tales sabios suponen, hacerse estas preguntas sobre el vivir del hombre para conocerse a sí mismos, muchísimo mayor tontería será la ciencia, que en eso consiste. ¿Acaso la ciencia del hombre se reduce a conocer su cuerpo y sus facultades y la historia de los hombres y de sus

obras? ¿Qué importa todo ello, si no sabemos por qué y para qué estamos en este mundo, qué es el vivir humano, su causa y finalidad? La ciencia ha desechado el estudio del para qué de las cosas, de su finalidad. ¿Desechará también el estudio del porqué? Eso sería negar la ciencia. Preguntámonos, pues, porqué vive el hombre, cuál es la causa de que haya hombres en el mundo, esto es, de dónde venimos. La ciencia moderna es panteísta y responde que el hombre no es más que una de tantas manifestaciones del universo, del todo, la más excelsa, por tener entendimiento, como la inmediata inferior manifestación es el animal. ¿Pero por qué hay hombres, animales, plantas, minerales; por qué hay universo? ¿De dónde viene el universo? El universo no viene, dicen; es y fué siempre y será: no hay que pedir más razón de ello. El entendimiento no se satisface, o lo que es lo mismo, la ciencia humana, por más que los sabios pretendan taparnos la boca y nos regañen porque nos hacemos tales preguntas. En balde, porque todo entendimiento se las hace y se las hará siempre. Y son las preguntas que, quieras que no, tienen el primer lugar en la ciencia humana. Si hay ciencia humana,

lo primero que ha de responder es al porqué del universo, declararnos su causa.

La ciencia es el conocimiento de las causas, del porqué de las cosas. Los sabios se devanan los sesos averiguando el porqué de cada cosa en particular, y a eso llaman ciencia; el entendimiento se pregunta el porqué de todas ellas a la vez, el porqué del universo y, en particular, del hombre, del vivir del hombre. Ningún precepto ni decreto de los sabios le impedirá hacerse tal pregunta, porque el entendimiento está hecho para hacérsela, como se la hace de las cosas particulares. El principio de causalidad es uno de los pocos principios que forman la base de nuestro pensar. Séase él innato, séase adquirido por las primeras experiencias, él, con el de contradicción, están en el fondo de nuestro espíritu, y sin ellos no pensamos. Si el porqué de cada cosa en particular son las ciencias particulares, el porqué del todo, del universo, es la filosofía. ¿Por qué hay universo, por qué hay cosas? ¿Por qué hay esa piedra? Porque la formó la concreción de tierra con el tiempo y tales circunstancias y agentes, esto es, porque algo, su causa, la hizo. ¿Por qué vive esa gallina? Porque nació, porque otro la hizo, otra ga-

llina y el gallo. No hay cosa que sea que no provenga de otra como de su causa. La consecuencia que se impone al entendimiento es que si cada una de las cosas viene de otra, la suma de todas es la suma de causas o de otras cosas de las cuales provienen. El universo viene, pues, de una causa diferente de él, de otro agente. No puede venir de sí mismo. Y de hecho, cuando el universo fué por primera vez, si él se hizo, es que ya era antes de hacerse: después de hecho no se hizo. Decir que una cosa se hizo a sí misma es decir que salió de la nada, pues antes de hacerse nada era y, después de hecha, hecha estaba, no podía hacerse. Todo agente es antes de su hecho: si el agente del universo fué el mismo universo, el universo fué antes del universo, esto es, no se hizo. Pero esto es decir que el universo fué hecho, que no fué siempre. Dicen los panteístas, efectivamente, que el universo fué siempre, fué eterno, no salió de la nada. Pero ya hemos visto que cada cosa sale de otra, luego el universo salió de otro, la más primitiva materia de que se formó el universo salió de otro. Si no salió de otra materia, pues tratamos de la primera, salió de otro agente, al que llamamos Dios. No puede ser

Dios el universo, por lo tanto, sino otro del cual salió como de su causa.

¿Y Dios, se me dirá, saldría de otro, lo mismo que la primera materia del universo? Dios no salió de otro, es la causa incausada. Luego se me argüirá, así como admite usted algo sin causa, suponga que ese algo fué la materia primera, y no necesitamos salir del universo, que es lo que conocemos admitiendo a Dios. Dios, primera causa e incausada, es eterno, no tuvo principio. El universo, tejido de causas y efectos, supone una causa de él y fuera de él. Esa causa fuera del universo no ha de ser como el universo, sino sería parte de él, y ha de ser causa sin causa, de otro modo tendríamos que proceder *in infinitum* hasta una causa no causada. La primera causa, si fué primera, no fué causada, y a esa causa llamamos Dios. Que su naturaleza, o digamos sustancia o modo de ser, sea diferente de lo causado es consecuencia de este razonamiento. Dios ha de tener en sí la razón de su ser, que el universo halla en otro, en ese Dios. El universo es contingente, pudiera no ser, no es de su naturaleza que sea, y así tuvo principio; la causa primera no pudo tener principio, tuvo que ser siempre, fué eterna,

pues ninguna otra cosa la hizo, y si es necesariamente de su naturaleza es el ser, es ser y el universo no es ser, pues no lo es necesariamente, es algo que remeda el ser; pero no lo es, existe, no es. La esencia es de Dios, la existencia es del universo, de lo creado. Y si la esencia es de Dios, toda la esencia está en él, se agota en él, no puede haber otro que sea, es único, es infinito.

Si las cosas no tienen ser, ¿qué tienen? Tienen tendencia a ser; el universo es la voluntad de ser sin llegar a ser jamás. Y, efectivamente, en el universo no hay sustancias, sino *fieri perpetuo*, continuo hacerse, mudarse, pasar de un estado a otro sin punto de descanso. No hay cosas fijas, como no hay tiempo fijo, o sea presente, que sólo es un punto matemático. El tiempo no es más que un antes y después, no hay asirlo un sólo momento. Así las cosas no hay asirlas como cosas, como algo, ni un solo momento, siempre son un continuo hacerse, un continuo mudarse, no tienen ser, sino sombra de ser, voluntad de ser, como dice Schopenhauer. Sólo Dios es ser y todo ser, como él mismo se llamó delante de Moisés: «Soy el que soy.»

Cuando los panteístas y Aristóteles di-

cen que el universo es eterno, que nadie lo hizo, tienen que admitir que es, que de su naturaleza tiene el ser, que no es contingente, sino necesario, que consiste en el ser. Pero la naturaleza de las cosas y del todo o universo está en que quieren ser y nunca llegan a ser, consiste en la continua mudanza, como nos prueba la ciencia. Por eso no son infinitas, sino limitadas, que si fueran infinitas no serían más que una sola cosa y no muchas, serían un todo sin límites. ¿Y no es el límite cabalmente la manera de ser de las cosas? Tienen un cuanto de extensión y un nunca presente de tiempo, son un fieri en el tiempo, esto es, son en el tiempo, y son un cuanto en su extensión y poder, no son todo el poder ni menos toda la extensión, cosa imposible, porque extensión dice límite, y toda extensión o infinidad de extensión es una contradicción, es lo infinito no infinito, lo extenso no extenso.

El panteísmo es un concepto que encierra una contradicción, el ser y el límite que es el no ser, lo eterno o que es y lo temporal, que es el fieri, el no llegar nunca a ser. No hay mayor contradicción que el vocablo panteísmo, esto es, el universo-dios, el todo-dios, el ser-no ser, el tiempo-

eternidad, lo extenso-no extenso, lo ilimitado-limitado.

Cuanto acabamos de discurrir prueba que el entendimiento humano que tal discurre está muy por cima del resto del universo que no entiende. Si algo hay de divino en el universo, sería el entendimiento humano; si algo hay en el universo que hubiera sido el artista, el creador, la causa del universo, sería el entendimiento humano. Y, sin embargo, con todo su poder pasivo de comprender lo creado, no tiene la menor potencia creativa de crear la más mínima partícula del universo. Todo entra en él, todo resbala por él, para todo tiene cabida intelectualmente, de una manera receptiva, pasiva; positivamente no es nada. ¿Y vamos a creer que el resto insensible y sin inteligencia que forma el universo ha sido más artista que el entendimiento humano, esto es, que entiende más que él, pues artista sin inteligencia no se concibe? El entendimiento humano no puede venir más que de algo que tenga entendimiento, no del universo que no lo tiene, sino de Dios, que, por lo mismo, tiene que ser inteligente e infinitamente inteligente y aun únicamente inteligente, de modo que nuestra inteligencia no puede ser más que una

sombra de la suya, como sombra de su ser es el ser del universo. De la misma manera la sensibilidad del animal y del hombre viene de una cosa sensible, no del universo insensible, y la vida del hombre, del animal y de la planta no viene del universo, que no la tiene, sino de Dios, que ha de tener una vida respecto de la cual la vida vegetativa es una como sombra. Los panteístas dicen que la vida, la sensibilidad, la inteligencia son producto, eflorescencia de la naturaleza muerta, del universo, de la combinación de la materia. La materia ha evolucionado, se ha desenvuelto hasta dar la vida, la sensibilidad, la inteligencia. La inteligencia es la reina del mundo, el hombre es el único que concibe el universo, el único que se da cuenta de todo, que alcanza a valerse de las fuerzas del universo. Pero no puede hacer de la nada ni un grano de arena, ¿cómo va a poderlo hacer, y hacer todo, el universo el resto de la creación, aun concediendo que una cosa pueda hacerse a sí misma? El hombre alcanza una parte mínima del arte admirable con que el universo está formado, el resto de las cosas creadas no conciben nada, no saben lo que es arte: ¿y vamos a creer que ese univer-

so ininteligente, que no sabe nada de arte, que no concibe ni piensa, es el gran artista que ha hecho todo, sin arte, pero que resultó artístico; sin entendimiento, pero que resultó inteligentísimo?

EL ARTE

El arte se sencillamente la expresión perfecta y acabada de lo que siente el artista. La forma de la obra de arte, o sea la manera y estilo de su expresión, lleva el sello del carácter de su autor, es característica, personal, inconfundible. El arte por excelencia es el habla, la expresión por medio de la palabra. Lo que al individuo es su decir, es a un pueblo su idioma: el arte nacional por excelencia, a cuya formación y desenvolvimiento contribuyen todos los individuos de la nación durante siglos. Al lingüista atañe exponer las bellezas de un idioma y mostrar cómo en él está el sello del carácter de la nación que lo formó y lo emplea. La expresión perfecta y acabada mediante el habla o la palabra escrita es la obra literaria. Escritor es el artista literario. Hay obras literarias, hállese o no escritas, que lo son de toda la nación, por cuanto, aunque fué un individuo el que puso primeramente en ellas la mano, pero han sido aceptadas y reto-cadas más o menos por el pueblo al pasar

de boca en boca, hasta el punto de haberse olvidado su primer autor, y ser expresión del común sentir, y su manera y estilo lleva el sello del carácter nacional. Tales obras literarias son las que llamamos *literatura popular* o *nacional*, que primero se transmiten sin escribirse de labio en labio hasta que alguno las redacta por escrito. La literatura popular no es más que continuación, o mejor dicho, el mismo idioma en función social. Cuando el pueblo conviene en algunos sentimientos e ideas que por su excelencia merecen conservarse en la memoria y pasar a las generaciones venideras como cartilla o catecismo común del sentir y saber nacional, escáncianse en expresiones perfectas y acabadas de forma exquisita, en fórmulas rítmicas y musicales que faciliten su retención, que lisonjeen el gusto, que ciñan y ajusten su forma de suerte que no se pierda ni cambie una sola palabra. Tales expresiones o fórmulas artísticas son las primeras obras literarias populares, son como parte del mismo idioma, del idioma en función social, y viven durante mucho tiempo sin ser escritas. De esta manera nace en todas partes la poesía antes que la prosa, a pesar de ser la prosa la manera co-

mún de expresarse. Es el arte, que interviene dando forma rítmica, musical, exquisita a las expresiones idiomáticas que han de ser patrimonio común del saber y sentir de la nación y cartilla de su educación. Tales expresiones populares son tan del idioma, que no puede precisarse cuándo nacieron, como no puede precisarse cuándo nacieron las demás expresiones idiomáticas, o sea las palabras y el idioma todo entero. El arte popular arraiga tan hondo en la nación como el mismo idioma y lleva tan reciamente como él sellado el carácter nacional. Adelántase, pues, al arte literario de los escritores particulares, y es su dechado natural y castizo, de modo que cualquier obra literaria particular será tanto más castiza, más característica y hermosa, cuanto más se acerque al arte popular; y cuanto más señalado lleve el sello del carácter personal de su autor, tanto más señalado llevará el del carácter nacional, arraigando así, a la vez, en lo más hondo de la personalidad y de la nación.

La literatura de un pueblo que por este orden natural se desenvuelva será más nacional, de mayor carácter, reciura y contenido artístico, más castiza, más acabada y más digna de aprecio. Cuando la litera-

tura baja, por el contrario, de los eruditos al pueblo, siempre será más erudita que popular, tendrá menos carácter, como copia y remedo de un arte extraño, que es el arte que hacen los eruditos. La literatura castellana descuella por ser de las más populares, hasta el punto de haber siempre sobrepujado en España el arte popular al erudito y al venido de fuera, y de haber sabido apropiarse íntimamente los elementos extraños, dando nuevos bríos y matices al arte nacional. No sé que haya lengua alguna que gane a la castellana en fraseología y refranes, ni pueblo que posea en sus orígenes una épica y una lírica enteramente populares, y que más tarde haya sacado de ellas una dramática y una novela que han servido de patrón a las demás literaturas europeas.

Las más antiguas formas artísticas que acaso nacieron con el mismo idioma y son parte de él, son la frase, el refrán y el villancico. *Frases que llamo por hacer, como llorar hilo a hilo, estarse mano sobre mano, escupir por el colmillo*, son las que hay que construir y acomodar, como *lloraba hilo a hilo*, etc. Son pinceladas, trazos de color, de los cuales es riquísimo nuestro idioma más que ningún otro y que cons-

tituyen su estilo propio. He recogido las de la época clásica en mi obra «Fraseología y estilística castellana». En ella están no menos las que llamo y se llamaron siempre *frases hechas*, otra clase de expresiones más complejas, ya que son a manera de un cuadro, de una escena y se emplean sin alterar ni acomodar como las anteriores, como *después de burro muerto, la cebada al rabo*. Frases hechas y frases por hacer son parte del idioma, son frases idiomáticas, modismos y son producto de la fantasía pictórica de la raza que dan color al idioma y a la literatura.

Producto de la inteligencia y como fuente de la literatura ética castellana son los *refranes*, que no son más que una clase de frases hechas tan pictóricas como las demás; pero que encierran una verdad, histórica o más comúnmente moral, como *cada oveja con su pareja*.

Producto del corazón son los *villancicos*, dos o pocos más versos que expresan el estado anímico, expresiones condensadas de un ¡ay!, de un quejido, de un arrebató de ira, de un pésete, de un suspiro amoroso, de un desengaño, del odio o de cualquiera otra pasión. Son las más antiguas expresiones idiomáticas de la lírica popular, tan

hondamente arraigadas y parejas con el idioma que muchos villancicos son a la vez refranes. Refranes y villancicos están en verso, y sólo difieren en que por ser los villancicos expresiones del corazón se cantan. Así la fantasía fraguó las frases hechas y por hacer, los refranes son frases hechas nacidas en la cabeza, y encierran verdades; los villancicos son frases hechas nacidas en el corazón y expresan sus pasiones. Refranes y villancicos están en verso, en cuantas clases de versos se hicieron en castellano; los villancicos llevan música además de ritmo, se cantan.

La métrica castellana ha de estudiarse en los refranes y villancicos, como lo he hecho en el primer tomo de mi obra «La verdadera poesía castellana. Floresta de la antigua lírica popular».

NACIONALIZACIÓN DE LA ÓPERA

No sé si se entienden ni si entienden lo que piden los que piden la nacionalización de la ópera. Yo no les entiendo, y es que no se han sabido expresar. Vengamos a cuentas. ¿Quieren que se canten en castellano las óperas italianas? ¿Quieren que se hagan óperas en castellano por autores españoles? Pues ni uno ni otro es nacionalizar la ópera. Cabe otra interpretación, que me sospecho no les ha ocurrido, la de que autores españoles compongan obras teatrales, musicales o líricas con letra española y, sobre todo, con espíritu español. Pero esas obras no serían «óperas»; serían otra cosa. No puede, pues, nacionalizarse la ópera.

Y, ante todo, ¿vamos a privarnos de los artistas no españoles que más admiran por su voz? ¿O les vamos a exigir que canten en castellano óperas extranjeras? En España deben cantar esos artistas, y en la lengua que tengan por costumbre. Hagan otras naciones lo que se les antoje; España debe admitir con gusto esa cos-

tumbre, y hay muchos que gustan de ello. ¿Por qué hemos de estar a lo que a otras naciones* se les antoje en esto ni en ninguna otra cosa? ¿Quién nos ha hecho monos de imitación ni imitadores serviles de nadie? ¿Que en Inglaterra no se permita cantar óperas sino en inglés? Con su pan se lo coman; en España se permite, y con ello mostrará tener mayor cultura e independencia.

¿Qué pretenden, pues, los que piden la nacionalización de la ópera? ¿Que se canten traducidas al castellano? Eso no es nacionalizarla, como no se nacionaliza la «Iliada» con traducirla. Eso no es, según Cervantes, más que volver del revés la «Iliada» o las óperas por necia patriotería. Cara vanagloria. Los que están hechos a oír las óperas en su propia lengua o van a oírlas por sólo la música, y esos no gozan más que del sonsonete, sin coger el alma de la ópera, sin saborear lo que ella quiere expresar, o van a gozar del total de la obra, de la música como expresiva de lo que quiere decir. Los tales, si no entienden la letra cuando se canta, que es lo ordinario, cántese en italiano o en castellano, han debido enterarse de la letra por separado, cosa indispensable por ser defec-

to inherente a este género teatral el que la masa sonora y la mediana pronunciación no permitan percibir bien la letra. ¿Qué necesidad hay, pues, de que la letra sea italiana, tan fácil de entender con la lectura previa? Además de que cualquiera traducción será infiel y no responderá muchas veces la palabra española a la italiana, ni por consiguiente a su música. No queda del traducirse la letra al castellano más que el vano deseo patriotero de que parezca nacional lo que de hecho no lo es.

¿Pretenden que se hagan «obras» en castellano por autores españoles? Ya he dicho que eso no es nacionalizar la «ópera»; es hacer ópera italiana con letra española. Y eso apenas difiere del traducir las óperas extranjeras con todos los inconvenientes que hemos dicho. Los cantantes extranjeros no querrían cantarlas, viéndonos privados de oírlos. Si algún compositor o autor de libretos tiene el gusto de componer tales óperas con letra castellana, compóngalas muy en hora buena para que las canten cantantes españoles o cantantes extranjeros, si los hay que quieran hacerlo, exponiéndose a dar que reír con su pronunciación. Pero los que tales óperas compongan.

no crean que han compuesto ópera española. Yo doy de barato que la música sea española por los cuatro costados y que sea castellana la letra: ¿basta eso para que la tal ópera sea española, para que se haya nacionalizado la ópera?

No faltará quien crea que sí; yo creo que no. ¿Y el espíritu? ¿Será español y nacional el espíritu de esa ópera? Ni la letra, ni la música, ni el asunto, ni los trajes y demás aderezo, por más españoles que sean, bastan para hacer que una obra de arte sea nacional y española, si el espíritu artístico no es español.

Ahora bien; «el espíritu de la ópera» no es conforme al arte español; es italiano o dejará de ser «ópera», si se quiere españolizar cuanto al espíritu artístico. Desde el siglo XVII, que nació la ópera italiana, fué conocida en España, donde había ya obras teatrales líricas o musicales y donde se copiaba de Italia cuanto se podía copiar y ajustaba a nuestro espíritu artístico. Y, sin embargo, ni en aquel siglo de tanta pujanza creadora teatral, ni después, se ha hecho ópera en España. ¿Por qué? Pues porque el espíritu de la ópera se da de cachetes con el espíritu artístico español. Eso es lo que parecen ignorar los que piden

la nacionalización de la ópera. Podrán componerse óperas en castellano, como se compusieron infinidad de odas a la italiana; pero no, ni las odas pueden ser castellanas más que por el lenguaje, no siéndolo jamás por el espíritu, ni lo pueden ser las óperas.

¿Y cuál es el espíritu artístico español, que a ello se opone? El espíritu del arte realista, que es el espíritu del arte español. La ópera española es sencillamente la zarzuela y el género chico, que admitirían mayor desenvolvimiento, y que tarde o temprano lo lograrán. Entonces habrá ópera española. Pero lo que llamamos ópera es cosa italiana, obra toda musical, cosa que va contra el realismo español, y que por eso no gustará nunca al pueblo, sino a la gente ilustrada que saborea en ella la música, prescindiendo casi de la letra, por más que Wagner quisiera dar más unidad a estos dos elementos y armonizarlos para que hiciesen un todo. La cólera española no sufre la música continua, y menos en ocasiones trágicas, porque ello va contra el realismo. En vano se ordenó en 1800 fuese española la letra de la ópera, como quieren ahora volverlo a ordenar para imitar a los ingleses. Se faltó a lo ordenado de 1808 a 1824, y luego desde 1826, que ha

seguido cantándose en italiano. La zarzuela consta de trozos cantados y de trozos hablados, y este género es muy del gusto de los españoles, porque no va contra el realismo, realizando la música el elemento lírico de la representación teatral. Siempre se cultivó en España, llamáresele entremés o zarzuela, etc. Ni se ciñe a plebeyos asuntos de suyo; puede admitir hasta lo trágico la zarzuela, como en *La Dolores*, y lo soñador o fantástico. La dificultad está en que los músicos sientan la obra escrita por un buen autor y den expresión musical a algunos de sus trozos. Yo creo que con el tiempo se harán zarzuelas elevadas de éstas u otras clases. Pretender hacer ópera española es inútil; toda obra completamente musical será del género de la ópera que conocemos, sólo diferenciada accidentalmente, según sea Rossini o Wagner o Pedrell el autor.

Déjese, pues, el Real para la ópera, como hasta aquí, donde canten los excelsos cantantes mundiales en el idioma que más les acomode y estimúlese a los músicos españoles para que compongan óperas, si quieren, y mejor grandes zarzuelas, en compañía de buenos autores dramáticos, que puedan ser cantadas por nuestros grandes can-

tantes, y si quieren por los extranjeros. Libertad en el arte como en todo, y estímulo a lo nacional. El Real es de los coliseos más autorizados: no vayamos a perder esta autoridad que se ha conquistado el público madrileño.

25 junio 1922.

EN EL RETIRO

Meditación política.

No es que me encuentre en algún lugar retirado del mundanal ruido, carísimo lector; estoy en el Retiro, de Madrid, o séase en el parque, como ahora dan en llamarlo con exótico nombre. Todo cambia en esta tierra. ¡Oh progreso!, ¡oh modernismo! En todo nos vamos extranjerizando, modernizando, civilizando y europeizando. Y americanizando. Hemos perdido el último ribazo de nuestra herencia en América; nos hemos jugado en un par de posturas el inmenso y rico patrimonio que nos legaron nuestros abuelos. Cuatro negros que llevó Las Casas por mor de los indios y cuatro renegados españoles estaban alrededor del tapete, un desgarbado yankee cobra el barato...; un mister pánzudo, de reverendo «*coram vobis*» y de cabeza pelada, guiñaba al yankee desde el asiento a él frontero. Hemos dejado allí hasta la camisa. En cambio, tenemos aquí toda nuestra antigua América en miniatura: cada paseo de este Retiro lleva el nombre de una de las

que fueron posesiones nuestras en el nuevo continente: ¡oh sarcasmo! Es un recuerdo de lo que fuimos, un retrato de lo que somos. Por todo un continente, unas hectáreas de terreno. ¡Cuán grande aparece el antiguo hidalgo español, cuán ridículo el «señorito» de hoy!

Pero todos no son señoritos, hay en España algo más que señoritos. Hay en España señoritos que la han de gobernar y gentes de chaqueta o en mangas de camisa que han de ser los gobernados. Desde que España es España, y no Castilla, Aragón, Navarra y qué sé yo más, ha sido lo mismo. ¡Zapatero, a tus zapatos!, parece que dijo Carlos V a los procuradores en Cortes, a los de burdo ferreruelo; y el pueblo quedó a competente distancia del elemento gobernante. Desde entonces el divorcio entre la nación española y sus directores fué un hecho, hecho que constituye la clave de nuestra historia y de nuestra decadencia.

¡Oh tierra aragonesa!, donde resonaron por primera vez aquellas memorables palabras, hijas de tu indomable entereza y grito del eterno anhelo de nuestros padres y de los españoles de hoy como de los de siempre; palabras que debieran grabarse en

bronce en las cuatro fachadas de palacio :

Nos, que valemos tanto como vos y que juntos somos más que vos, os hacemos rey, con tal que guardéis nuestros fueros y libertades, Y SI NON, NON.

He aquí otra clave, la de nuestra antigua historia, cuya última página termina con la cláusula de los diputados aragoneses al Emperador Carlos V, de que no acudían a la Jura de los Príncipes (que rey jamás quisieron llamarlo en vida de su madre, doña Juana) para solemnizar el acto como testigos, *sino para repugnarlo contradiciendo o aprobarlo consintiendo.* Y el gantés tuvo que jurar de rodillas ante el justicia, en nombre de su madre y suyo, como hijo primogénito y correinante, por más que le pesara expresar tales condiciones.

No faltaron señoritos de entonces que pusieran en manos del príncipe el cuchillo para que desgarrara sin temor el manto de nuestras libertades. El conde de Benavente con sus castellanos «se ofreció en apoyo del príncipe, con su persona y casa, para tener a los aragoneses «a la melena» e imponerles por conquista las leyes que mejor en voluntad tuviera».

Bien lo pagó Castilla y bien lo pagó Ara-

gón en la funesta jornada de Villalar por no juntarse ante el despotismo extranjero y la bastardía cesárea y palaciega de sus nobles y ricos hombres.

El espíritu popular dió otro gemido en las Germanías de Valencia; pero quedó sofocado, y los reyes y magnates siguieron haciendo mangas y capirotos de Cortes y procuradores de todos los deseos de los pueblos, de los fueros y franquicias de los reinos y ciudades; y el pueblo, por su parte, ya que no se olvidara de su *Y SI NON, NON*, quedó descorazonado, sin protector, sin rey, sin padre. La historia de la política española durante las dos dinastías es la historia del antagonismo entre la nación española y entre sus gobernantes. No se entienden, no se aman, no se conocen siquiera: la historia de la política española debe llamarse la historia de la antipolítica de los grandes y del abatimiento de la nación. ¿Qué fué la guerra de la Independencia española? ¿Puede darse un ejemplo más palpable de miras bastardas y de afrancesamiento vil en los que tenían las riendas del Gobierno y de heroicidad en un pueblo que echa de España al triunfador de Europa, viéndose desamparado de los que debieran haberse puesto al frente, y

sólo se pusieron en contra de todos los instintos de la nación?

Es inútil buscar otra causa del estado actual de la sociedad española. Los Gobiernos, con toda la mejor intención, si se quiere, cometen los mayores desatinos, porque ni entienden lo que el pueblo desea, ni quieren entenderlo. Lo que importa a todo trance es el triunfo del partido; al pueblo... que le parta un rayo. Trabas y cargas por todas partes, impidiendo el natural desenvolvimiento de esa masa increíble de energías que se manifiestan en industrias, sociedades, proyectos generosos, de esos anhelos de regeneración que palpitan en todos los rincones de la Península. Al querer iniciar cualquier empresa, casi el único enemigo con quien hay que contar — lo sabe todo el mundo — es con el expedienteo y la burocracia, con las fórmulas, con el pase del gobierno o de sus subordinados, con el caciquismo regional, con la centralización, en una palabra, con todas las ruedas de la máquina gubernativa, que entorpece los movimientos en vez de ser la causa motriz y el medio impulsor que ayudara todas las empresas particulares. ¡Ah, la libertad! Aquí sólo se entiende la libertad para la canalla que

blasfema de todo principio de orden, de moral, de religión, de palabra y por escrito. La libertad, quiero decir, las facilidades y el no poner toda suerte de cortapisas para que el pobre pueda comerse un pedazo de pan sin verse obligado a dejar la mitad en manos de los empleados de consumos y la otra mitad en las arcas de la recaudación nacional; para que todo ciudadano pueda enseñar sin necesidad de esas certificaciones oficiales que no se consiguen sino por el dinero y la recomendación, sin esos grados académicos que todo el mundo sabe lo que valen, puesto que sólo sirven para apoltronar a los candidatos que tienen padrino y para desanimar y retraer a los realmente estudiosos y dispuestos; para que cada ciudadano pueda profesar públicamente las prácticas de la religión o meterse, si le da la gana, en una celda, o vestirse la negra sotana del sacerdocio sin temor de que le silben por las calles y se le pongan en caricatura y se le calumnie vilmente en los periódicos.

La libertad no existe, precisamente porque tanto se la cacarea. Y en nombre de esa libertad se suscita la cuestión religiosa y se la viste con el nombre de clericalismo y se exageran peligros que hacen reír en sus

casas a los mismos que vienen de perorar acerca de ellos en el mitin populachero o en el banquete de los prohombres de los pueblos. Y en nombre de esa libertad se ponen todos los medios para que la nación contribuya a levantar estatuas a quienes el pueblo ni sabe lo que han podido hacer en su favor, por más que se lo ponderen, ni quiere dar un céntimo para tamaña burla de la historia. Y en nombre de esa libertad se suprimen de una plumada cuantos concejales no convengan para el partido, o se les hace firmar a los gobernadores su propia dimisión.

FILOSOFANDO

Mecíase la manzana al soplo de la brisa en lo alto de la rama. En tierra mantecosa hundía el árbol sus raíces y de ella chupaba sus ricos jugos. Ya estaba encerada, y con una mancha de escarlata, que de sólo mirarla se hacía agua la boca. El sol con sus rayos primaverales la pintó, el viento la acarició, los pájaros chirriadores le hacían compañía. ¡Qué fresca y jugosa, qué mate el de su piel! Llegó el joven filósofo una mañana, paróse encantado a mirarla, alzó la mano y la desprendió de su pezón. Volvióla entre los dedos, admiró su color, tentó su blandura y madurez y la llevó a la boca. Nunca la llevara. Carcomido el corazón manchó sus labios un polvillo desabrido y seco. Torció el rostro y con mueca de disgusto arrojóla lejos de sí.

La manzana era yo; el joven filósofo un amigo mío, a quien yo quiero con toda el alma. Pegóseme algo de su filosofía y he filosofado acerca de la manzana, acerca de mí mismo. Cuán buenos son los amigos que nos hacen filosofar, y cuán filósofos los que

nos dan a conocer lo que somos. «Dios te guarde de que nadie te tenga lástima», escribió Cervantes, porque poco puede valer aquel de quien los demás tienen lástima. Pero no es así, cuando el que la tiene es amigo verdadero de aquel de quien la tiene, porque esa lástima de amigo descubre al amigo lo que él mismo es, y nadie puede hacernos tan gran presente como el de ayudarnos a que nos conozcamos a nosotros mismos. He filosofado, pues, sobre mí mismo, y a mi amigo el joven filósofo debo esta filosofía. Filosofía de buen amigo, filosofía buena. Conocimiento de sí mismo, desengaño seguro. Desengañarse es desencantarse, sacudir los grillos encantadores del error, carearse con la limpia verdad en lo que más puede tocarle a uno. Esta es buena filosofía, filosofía que sólo de un buen amigo puede venir. Dios te depare quien te niéndote lástima como verdadero amigo, te abra los ojos, te desengañe, te dé a conocer a ti mismo, te haga tan filósofo como él. Filosofía de amigo, buena filosofía.

Yo he sido un hombre que se ha pasado la vida entre libros estudiando, entre gentes observando y a solas por los campos meditando. De los cuarenta y seis años que tengo, las tres cuartas partes me lo he pasado a

mis solas discurriendo sobre lo que había leído y observado. La soledad fué siempre mi mejor amiga. ¡Bendita ella! El trato y comercio con las gentes siguen siendo para mí tan sólo como rato de investigación y experimento en que allego materiales que rumiar y pensar después, cuando a solas vuelvo a mí, dejando de ser de los demás. ¿Y qué es lo que yo he rumiado, meditado y pensado durante tantas horas y tantos años? Un solo hombre me lo dijo, sin preguntárselo yo, y lo dijo en «El Imparcial», que esta vez por lo menos lo fué de todo en todo, porque aquel hombre dió en la verdad sin haberme apenas tratado. Fué Navarro Ledesma, cuyo recuerdo es para mí una mezcla de acibar y de almibar. Se me estremecen las entrañas al pensar que ese hombre ha desaparecido de entre nosotros, digo de mi lado, porque fué mi segundo padre; y se me derriten de gusto cuando recuerdo que tal fué para mí. Navarro Ledesma escribió que yo me había pasado la vida a solas corriendo por los campos con un solo pensamiento en el cerebro, investigando y buscando la solución de un problema, digno de investigarse y de soltarse, el del origen del habla. Este ha sido mi único pensamiento y alma de mi alma toda mi

vida. Ese hombre leyó en las entretelas de mi alma y dijo públicamente lo que en ellas había leído: fué el padre de la criatura. Años y años me entregué al estudio de las lenguas. Llegar a conocer lo que otros conocen no lo tengo por cosa de mérito alguno, y llegar a conocerlo peor que otros más bien es de desalabar que de alabar. Por eso jamás cupo en mí contento alguno por haber podido leer en sus originales los libros latinos, griegos, sanskritos, arábigos y hebreos; antes grandísimo descontento por no conocer estas lenguas tan bien como los naturales de estas naciones que las conocían harto mejor que yo. Las demás cosas que he aprendido a fuerza de desojarme, tampoco son desconocidas de otros muchos. Llegar a saber lo que otros saben o han sabido, nunca me pareció ni debe parecer a nadie cosa del otro jueves. Lo maravilloso sería que no conociese uno bien aquello en que se pasó la vida. Lo que sí tuve siempre por mío y sólo mío fué la solución que yo creo haber hallado al problema del origen del habla. Esto es lo que yo he pensado toda mi vida; lo que ha brotado y florecido en mi cabeza como fruto de todas mis lecturas, observaciones y meditaciones. Si ese fruto era sabroso y de

provecho, me daba por bien pagado ; no habría pasado yo en balde por el mundo, algo habría dejado, cuando hubiese pasado y nadie de mí se acordase.

* * *

Ayer, como digo, arrancaste, amigo mío, del árbol la manzana, mordiste en ella y la arrojaste lejos de ti. El color y la hermosura que de fuera se veía, era todo lo que en mí habían alabado muchos, el conocimiento de lenguas y libros y otras tonterías, que sólo tenían brillo por de fuera para los que de cosas de fuera se pagan ; pero que no son de ningún momento ni para el que las sabe ni para la ciencia humana, porque son cosas sabidas de otros y viejas en el tesoro científico de los hombres. Mordiéndola la manzana no hallaste dentro más que polvo, y la arrojaste con disgusto. Yo que creía que había dentro ese algo, digno de mi paso por la vida, la solución del origen del lenguaje, una verdad que añadir al tesoro de la ciencia, una cosa hija de mi cerebro, algo nuevo que pudiera llamar mío y digno de que desde ahora viviese en el mundo con la vida inmortal de las ideas, he quedado hecho polvo, tan polvo como el polvoriento corazón de la manzana, pulpa



deleznable y podrediza, piel que el sol ha de secar en una mañana al arrojarla tú al suelo y dentro... polvo, que, al arrojarla, el soplo del viento se llevó. Navarro Ledesma leyó en el fondo de mi alma mi vida entera entregada a una investigación; bendita sea la memoria de aquel hombre. Tú has calado más hondo todavía; has visto que esa mi vida entera era polvo vano, y me lo has hecho ver a mí mismo; tu recuerdo será para mí más amargo que la retama; pero más dulce a la par que lo más dulce del mundo, cuanto tiene de amargo y de dulce a la vez la verdad, y la verdad de lo que uno mismo es.

¡ Con que he vivido engañado ! Como uno de esos pobres ilusos que pueblan los manicomios o debieran poblarlos, creídos de que han descubierto el movimiento continuo, la cuadratura del círculo, la piedra filosofal, el origen del lenguaje. Reíme de los que habían escrito acerca del origen del lenguaje; túveles lástima, y ahora caigo en que he sido uno de ellos, de que he sido un iluso, y me tengo lástima. ¡ Bienaventurada lástima la que se tiene uno de sí mismo, como desventurada la que de él

pueden tenerle los demás! Burléme, digo mal, tuve lástima de tantos como se dieron a creer que el vascuence era la lengua primitiva, y he sido uno de ellos. Sólo que ellos no habían saludado la lingüística moderna; no entendían de fonética ni de métodos lingüísticos. Yo me he pasado la vida en estas cosas; yo he sido más exigente y malcontentadizo que los alemanes más malcontentadizos y exigentes, cuando he verificado leyes y hechos dentro del campo lingüístico conocido, dentro del estudio del latín, del griego, del sanskrit, del árabe. No he admitido como buenas muchas etimologías admitidas por los más descontentadizos, por no llenarme del todo, por parecerme que no respondían enteramente a las leyes fonéticas conocidas y recibidas. Pero me he metido en el estudio del vascuence, el piso era de blanda ciénaga y atollé y se fueron hundiendo mis pies, y fuí bajando, bajando, y me llegó a los pechos, y luego me cubrió la cabeza, y yo, embelesado, no caía en que caía y en que la ciénaga me engullía y en que ya no veía y en que desaparecía del todo para los que oyen y ven y viven a la luz de la verdad. Estaba solo conmigo, hundido en mi vascuence; ya no había otra luz para mí que la de mi falaz

fantasía que me deslumbraba y embelecaba con sus falsos resplandores. Maravillábame de que nadie me entendiese, de que nadie viese lo que yo. Desdichado, que veía con la luz de mis deseos. ¿Cómo habían de ver los demás lo que no se puede ver, lo hondo de un cenagal, estando fuera a la luz del sol?

Es que no han leído mis libros, me decía, al considerar que nadie me hablaba de mi pretendido hallazgo del habla primitiva. Es que en España no se leen libros serios. Los extranjeros leen todavía menos libros españoles. Y extranjeros y españoles desconocen el vascuence. Los sabios de fuera de España, pues aquí no los hay, tienen hecho su carril, unos trabajan en el estudio de las lenguas indo-europeas, otros en el de las románicas; cada cual dentro de su campo es una autoridad reconocida, y no es cosa de salirse de él, despojarse de su autoridad de maestro y hacerse discípulo de otro, tomar otro carril, ponerse a aprender vascuence. Con esto me consolaba y seguía en mis trece y me hundía y sepultaba por momentos, cada vez más, en la pecina sin fondo de mi malhadado vascuence. Alabábanme a veces de mi erudición, de mi conocimiento de lenguas, de mi estilo; nadie men-

taba mi hallazgo del primitivo lenguaje, en que estribaba para mí el único mérito de mis trabajos. Escribí *Los Gérmenes del Lenguaje*, cuyas dos primeras partes resumían cuanto se sabe acerca de los sonidos y voces del habla física y fisiológicamente considerados, añadiendo otra tercera que sirviese de aperitivo para conocer mi teoría. No era ella la que en aquella tercera parte exponía; pero había atisbos de ella; no eran pruebas concluyentes las que allí quise poner, sino indicaciones sacadas de hechos vulgares y reconocidos, que servirían de lengua al que quisiese emboscarse después por mi teoría. Publiqué más tarde *La Embriogenia del Lenguaje*, en la que me propuse probar que todas las lenguas venían de un primitivo lenguaje, puesto que los elementos demostrativos, que forman el esqueleto de los idiomas, eran unos mismos en todos ellos. Nadie rebatió el libro, porque decían que eran demasiadas las lenguas que yo abrazaba en aquel análisis y demasiados los conocimientos que requería el hacer juicio exacto de la obra.

Me ceñiré a las lenguas mejor conocidas, a las indo-europeas, me dije. Y saqué a luz los primeros tomos de *El Tesoro de la Lengua Castellana*, donde tomé un sonido

en cada tomo, la *r* por ej. en el segundo, la *l* en otro, en otro la *n*, en otro las vocales, declarando cómo naturalmente brotaron las primeras palabras, cómo éstas son puro vascuence, cómo de ellas salieran las raíces y palabras indo-europeas y en particular las castellanas. Han alabado el empeño, la traza, la erudición, el modo de decir, la riqueza de palabras castellanas, muchas desconocidas en los demás diccionarios; en fin, todo aquello que otro pudiera hacerlo y que se halla tan bien y mejor en otros libros; nadie ha chistado acerca de lo mío, de lo únicamente mío, del origen natural de las primitivas palabras, nacidas del gesticular con la boca a la par que con las facciones de la cara y con los meneos de la cabeza y de las manos.

Mi mismo amigo, el joven filósofo, no me ha dicho ni una palabra acerca de ello, ni creo lo haya leído. Estoy esperando que demuestren cómo mis razonamientos para declarar el valor primitivo y natural de esas palabras radicales flaquea y falsea y cojea; cómo la derivación por la cual esas palabras, que son vascongadas y a la vez raíces indo-europeas, han dado las palabras latinas, griegas y castellanas conocidas, falta a las leyes fonéticas engañándome yo

con todos los indo-europeístas, puesto que la tal derivación se debe a ellos más que a mí, que no he hecho más que recogerlas de las obras modernas más autorizadas. Nadie ha chistado; nadie me ha rebatido. Y con todo, mi amigo, el joven filósofo, mordió en la manzana, y mi hallazgo pareció dentro de ella como polvo vano que, al arrojarla, se llevó el viento. Y mi amigo no puede menos de haberse conmigo cual verdadero amigo, y la manzana ahí está por tierra con su rica pulpa y su encerado y encarnado color, y sin el polvo que se llevó el viento vano; y yo estoy aquí filosofando sobre mí mismo, sobre el desencanto y el desengaño que me ha descubierto mi amigo.

He dicho que mi amigo el joven filósofo no ha leído aquello en que estriba mi hallazgo, es decir, lo que en los tomos del *Tesoro* hay tocante al origen de las raíces primitivas, porqué *a, e, i, o, u, ar, er, ir, or, ur, an, en, in, on, un, na, ne, ni, no, nu,* significan lo que de hecho en vascuence significan, cómo son gestos fónicos de la boca, tan naturales como los gestos de la cara y de la mano que suelen acompañarlos y que allí mismo yo recojo de los hechos reales,

de lo que pasa entre los hombres, sin sacarlo de mi cabeza. Creo que mi amigo no ha leído nada de esto, o si lo ha leído lo ha hecho tan de corrida que no pueda decirse lo haya leído. ¿Podrá negar mi amigo que la articulación de la *r* consiste en menearse la lengua, en que no hay otra cosa en la boca que pueda menearse ni se menee como ella, y de que si algo había de expresar naturalmente la articulación *r* era el movimiento y meneo? De esto no tratan los lingüistas; al tratarlo yo podré no ser lingüista, pero seré filósofo, y mi obra tanto tiene de filósofo como de lingüista. Tengo al menos derecho de tratar de ello en una obra acerca del lenguaje, puesto que es punto que al lenguaje atañe, y, por consiguiente, no dejo de ser lingüista al tratarlo, aunque no lo traten los demás lingüistas. ¿Podrá negar mi amigo que *ar*, *er*, *ir*, *or*, *ur* signifiquen movimiento en *a*, en *e*, en *i*, en *o*, en *u*? ¿Podrá negar que *a* es boca abierta, *i* boca apretada, *o* boca hueca, *u* boca ahondada, *e* boca normal? ¿Podrá, por consiguiente, negar que *ar* es movimiento extendido, *er* movimiento sencillamente, *or* movimiento todo en torno, *ur* movimiento profundo, *ir* movimiento apretado? ¿Son otros los valores que de hecho tienen estas

voces en vascuence como palabras y como interjecciones en vascuence y aun en castellano a veces? ¿Los gestos de cara y manos al articular tales voces no expresan lo mismo? ¿Pueden ser, pues, no naturales esas voces, tan naturales como sus gestos de manos y cara? ¿No puede un lingüista hablar de esto, aunque los demás lingüistas no suelen hacerlo? ¿No lo trato con claridad y llaneza, como pide el estilo didáctico, y hasta con alguna amenidad? ¿No es todo esto haber hallado el origen del lenguaje? Cuando mi amigo no me habla de esto ni me lo rebate, señal es bien clara de que no lo ha leído. Creo, por consiguiente, que no lo ha leído.

* * *

Sigo filosofando y me digo: Mi amigo no tiene buena amistad con las cosas vascongadas. Acaso por eso no lo ha leído o lo ha hecho muy por encima y como asunto desagradable. Yo tengo para mí que en el hallar y ver la verdad no basta el entendimiento, que el corazón influye no poco, pues atiza la atención o la desvía, poniendo así el objeto más alumbrado o más a la sombra. Acaso mi amigo ha leído así este punto a que aludo, que es lo mismo que no

haberlo leído. Porque mi amigo es joven de gran entendimiento y mis escritos, si otra cualidad de estilo no tienen, tienen la de la claridad y llaneza. Si, pues, no lo ha leído o lo ha leído de esa manera, que es no leerlo, mi amigo no conoce el único mérito que en mí hay: el de haber hallado el origen del lenguaje.

* * *

¿Puede un hombre que tiene en sus manos el hilo del origen del lenguaje prescindir de él en sus libros acerca de una u otra lengua? Esto equivale a decir que desconfía de su hallazgo o que nada sirve para explicar algunos problemas de esas lenguas. El origen del lenguaje y el vascuence, si es la lengua primitiva sin duda han de servir para aclarar muchas cosas de todos los idiomas. Yo no desconfío de mi hallazgo, lo tengo por verdadero y nadie me lo ha rebatido siquiera. ¿Cómo cree mi amigo que no pueda ni deba valerme de él cuando hallo en los idiomas de que trato cosas oscuras que con él se aclaran? Comprendo que el que no tenga ese hilo conductor en la mano no se valga de él para nada; ¿debo desecharlo yo por no tenerlo los demás? ¿Debo yo escribir obras lingüísticas prescindiendo de él,

sólo para que vean que sé lo que ellos saben? ¿No he demostrado en mis libros que sé lo que ellos? ¿Puede empecer el que los puntos oscuros por ellos no explicados los aclare yo con mi hallazgo?

* * *

¿Tan de fútiles consecuencias para la lingüística, para la psicología, para la antropología y para la historia es el hallazgo del origen del habla y de la lengua primitiva, que pueda parearse o tenérsele por de menor momento que el análisis filológico de un poema?

* * *

Como ve mi amigo, todo pende de si he dado con el origen del lenguaje o es un embauco el mío. Merece, pues, la pena se verifique bien mi hallazgo, y yo soy el primero que me olvidaría de él si falso resultara. ¿Por qué no se contrasta y verifica? ¿Lo han contrastado y rebatido los que por detrás hablan contra mis obras? ¿No pudieran decirme delante lo que contra ellas se les ofrece? ¿No sería más gallardo el triunfo, publicando contra mi hallazgo los argumentos que, sin duda, exponen a la sombra y de mis espaldas? Prueben que las

palabras radicales vascongadas tienen otro valor que el gesticulativo y articulado que yo les doy : con esto quedará concluído que el origen que yo doy al lenguaje es falso. Prueben que mis derivaciones indo-europeas no son las de todos los indo-europeístas : con esto quedará concluído que yo no entiendo de lingüística indo-europea. Prueben que los vocablos que yo aduzco como vascongados no lo son sino de mi cabeza : con esto quedará concluído que soy un embustero en el campo científico. Prueben que mis etimologías vascongadas de muchos vocablos castellanos no son tan aceptables como las latinas que otros les asignan y que yo, concienzudamente, pongo y rebato al añadir las mías : con esto quedará concluído que estoy apasionado por el vascuence.

De maravillar fuera que no pudiendo los sabios españoles juzgar de mi hallazgo por no conocer el vascuence (en el caso de que este conocimiento sea tan indispensable que sin él no pueda juzgarse), puedan juzgarlo los extranjeros sin conocer el mismo vascuence, sólo porque son sabios no españoles.

Mi amigo tiene ahora menos estima de mis libros y de mi valer como lingüista.

CENTRALIZACIÓN, DESCENTRALIZACIÓN

Centralización, descentralización. Dos huevos de la Leda del porvenir de España, que están empollándose todavía y casi no más que en la cabeza de algunos de nuestros pensadores. Los adocenados, como si sólo tuvieran un ojo en la frente, el derecho o el izquierdo, corren y se atropellan por uno de los dos senderos: son centralizadores o descentralizadores a secas. Antaño los españoles iban todos a la par por uno de ellos, porque iban como borregos sin discurrir, tanto que esos vocablos son bien modernos. Pero si como borregos no discurrían, discurría por ellos el instinto social en su callada subconciencia, que a todos arreaba a echar por una mano. Mano que fué derecha a veces, a veces zurda. Y zurda debió de ser en los últimos tiempos de centralización, cuando tan torcida y tuerca hallamos a España los que andando ella por este sendero francés hemos tenido la buena o mala suerte de nacer. La centralización arranca en nuestra tierra de los Reyes Católicos; y en toda Europa, del en-

grandecimiento de sus reyes sobre los poderosos particulares, mayormente de los señores feudales. El renacimiento despertó el concepto del imperialismo romano, el cual, soplando favorablemente para el interés de los reyes, apresuró el paso de las naciones por ese camino, volviéndose el antiguo instinto en pensamiento reflejo y en ideal histórico. Así hemos venido a parar a las grandes nacionalidades modernas desde los menudos estados en que quedó despedazado el imperio romano con la venida de los bárbaros. El movimiento es uniforme en toda Europa, de manera que responde a hechos históricos generales, puesto que es un hecho general. Por fortuna para España, en el momento en que el oleaje histórico se encaminaba hacia la centralización, nuestro pueblo se halló en lo alto de la ola, y a ella le tocó la hegemonía sobre las demás naciones. Acababa la reconquista, se descubría un nuevo mundo, Italia quedaba arrendada a la Monarquía por la férrea mano del Gran Capitán, Carlos V traía un montón de Estados, derechos y el título de emperador. España hubo de ser grande por casualidad, no por el centralismo; pues con él aun más acrecentado cayó a lo hondo al llegar al trono Felipe V, a pesar de guardarle las es-

paldas su abuelo, el mayor rey de Europa a la sazón. Antes bien, esa centralización extremada que nos trajo de Francia, acabó de rematar la vida en los miembros del cuerpo de la nación, primero en los del cerco, luego en los más interiores hasta el mismo corazón y centro, que quiso vivir a costa de sus extremidades.

Recorriendo las ciudades españolas y recordando lo que fueron antes de entrar por el camino de la centralización es como llega uno a convencerse de ello. Las grandes ciudades antiguas tenían vida propia; hoy no la tienen ni son grandes ciudades, pues no puede llamarse así más que Barcelona, que cabalmente tira de las riendas y se desentiende cuanto puede del poder central. Cada ciudad tenía su manera de ser tan desemejante o más de lo que hoy lo son las capitales europeas. Bien claro lo dicen sus industrias, hoy perdidas; sus Ordenanzas tan acomodadas al vivir de sus ciudadanos como hechas por ellos mismos; sus monumentos, que aun duran para atestiguar su grandeza entre los deleznales y descoloridos edificios modernos. Ni la capital de España se siente hoy día con arresos para levantarlos parecidos a los que contemplamos en poblaciones que no llegan

a capitales de provincia, pues no pueden parangonarse en valor artístico ni en costo el Banco de España ni el palacio de la Biblioteca y Museo nacionales. Descollábase aquélla por la fabricación de sus paños, ésta por la de sus cordobanes, la una por su cerámica, la otra por su orfebrería; tal era el emporio del comercio con América, cual con los pueblos del Mediterráneo; ésta era rica por su pesca, aquélla por su agricultura; los vinos de tal eran tan famosos como el aceite de cual; los caballos de la una eran tan sin par como las merinas de la otra. Hoy todas han quedado emparejadas, porque todas han quedado arrasadas. En todas hay una calle donde está el comercio, y se pasea al atardecer y se sientan los hombres en los cafés y casinos que en ella están, y esa calle es la misma en todas partes, por haberse hecho al talle de un mismo patrón parisiense, bien que harto más menzudas y pretenciosas que el patrón. Los mismos comercios con las mismas baratijas extranjeras, como son semejantes los trajes y la moda cursi de las señoras y señores, el paseo de rueda de aquéllas con sus gomosos al lado y sus moscones a la espalda, y la vana conversación de éstos en torno de las mesillas, sobre política o to-

reo, sonando en todos los labios Moret, Canalejas y Maura, o Machaquito y Bombita. Los ferrocarriles, arterias del comercio y de la vida moderna, no trasiegan más que empleados y viajeros de comercio; los demás son algunos extranjeros que llegan ganosos de solazarse en esta tierra que les pintaron como la más deliciosa, y vuelven aburridos de no haber hallado más que ruinas venerables, viejos y golfillos andrajosos que no saben más que pedir, y fondas donde se asientan a la mesa rollizos viajeros de zafia cultura, y donde les chupan la sangre fondistas y chinches. La misma falta de limpieza en todas partes, el mismo descuido en el arbolado y alumbrado, la misma grosería y tosquedad y codicia con cuantos tiene que habérselas el forastero. Las fábricas apenas se reducen a la con-sabida de luz eléctrica y alguna que otra de harinas o de la azucarera. En la vieja catedral, los canónigos, solos en su rincón, murmujeando rutinariamente su canturía, puesto el pensamiento en acabar lo antes posible, ya que tuvieron que llegar a la hora por mor del que a la puerta del coro pasa la lista. En las iglesias abiertas, algún mendigo a la entrada y alguna vieja comiéndose con los ojos la escultura de trá-

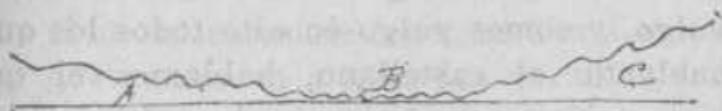
gicas facciones y desgarrado mirar. La muerte ha pasado por aquí. La grandeza de una catedral, de un palacio ruinoso, de un cubo de muralla, de una portalada contrasta con la ramplonería de los edificios servilmente imitados del extranjero o modernistamente estrangulados y enfajados de adornos pretenciosos y del peor gusto. La biblioteca pública en viejo caserón, cuajada de libros antiguos y de revistillas y monografías modernas, malservida por el subalterno del encargado, que tiene que asistir al Archivo en la Diputación. Lo único bueno es el Casino o el Círculo de tal, cementerio de la vida doméstica, donde vegetan los hombres y se juega a pasto para que la rueda de la fortuna voltee sin descanso hundiendo unas familias y encumbrando otras.

FILOSOFÍAS ACERCA DEL HABLA VULGAR Y ERUDITA

CAPÍTULO I

De cómo con dos líneas saca de la historia el filólogo una verdad tan provechosa, que el literato se la arrebató de las manos.

Las dos líneas helas aquí, y baste advertir que la de trazado derecho, que va debajo, pinta el habla vulgar, y que la de arriba y retorcida retrata el habla erudita :



Retorcimiento y derecha de líneas tienen su porqué, y el discreto lector dará en ello sin necesidad de que se le diga. Lo que sí me toca a mí declarar es qué entiendo por habla vulgar o derecha y habla erudita o tuerta. Y cuenta, para sosegar a los que ya veo se me encapotan por tan desmesurados calificativos, que cuesta más tirar una línea quebrada que no una derecha, y que, por el consiguiente, merece mayor aplauso

el que traza la una que el que, arrimando el lápiz a una regla, acaba la otra antes de que el otro comience a discurrir sobre la suya. Ahora, cuando no hay regla a mano, ya es otro cantar; sólo que todos llevamos la regla en el bolsillo, bien que no encontremos a veces con ella por ser harto delgada y habernos metido en él no sé cuántos papelorios de recetas y erudiciones atañaderas al trazado de la línea quebrada, entre cuyo batiburrillo se nos traspapela cuando más la habíamos menester. Pero no hay porqué banderizar ni acalorarse la sangre, ni desenvainar, antes de tener bien repartidos los bandos y conocidas las doctrinas. Habla vulgar es la que habla el vulgo, y somos vulgo en esto todos los que, hablando el castellano, hablamos el que nos enseñaron nuestras madres. Llamámosla de hecho habla «materna», y no paterna, porque los hombres, según se desgarran del regazo de sus madres y leen y se las echan de entendidos, suelen ir sobreañadiendo al habla materna otra que no lo es, que las madres no usan, y tales llegan a ser las añadiduras y los pegotes extraños que desaparezca la tela primera, por manera que no la reconocería la madre que la parió y se la dió al hijo. Esta segunda habla, así

hecha de remiendos, es el habla erudita o culta, apodo que no debe hablar en pro de ella, pues sólo alude a la fuente de donde se saca, que es la erudición, por barata que ella suela ser y de bien poco meollo. El habla vulgar es, pues, la de las madres; el habla erudita, la de los padres. Pero bueno será advertir, porque a veces los más avisados llevamos la advertencia en los talones, calzada a modo de espuelas por tener que tratar con cabalgaduras, que hay madres Marisabidillas, hembras que entienden de letra y aun aventajan a los hombres, Dios loado, las cuales han de ponerse en el bando de los eruditos. Tampoco faltan Maritontas o Marimoños literarias, que si no entienden de letra, se dan a entender que entienden y usan los vocablos eruditos y técnicos que pueden pescar sin quemarse las cejas en muy hondas leyendas. Que haya hombres que sólo hablen como las madres, el habla vulgar, por estorbarles lo negro, no hay para qué recordarlo.

Dicen que la naturaleza no da saltos, sino que va paso tras paso y derecha a su fin. La línea recta de abajo es su trazado; la torcida de encima es esa misma de abajo con sus altibajos y vaivenes: es como si la recta fuese una cuerda tendida en

tierra, y la torcida, esa misma cuerda que, cimbreada, culebrea tocando en unas combas el suelo, en otras quedando al aire. Lo que en el hombre brota como por instinto, esto es, sin reflexión, es lo natural, es la flecha que va derecha al blanco. Lo que nace por reflexión parece que lleva consigo en todo su camino la curva o flexión o reflexión con que lo fajaron al venir a luz: ya no es saeta, sino rehilete, que va sí al blanco, pero remolineando y remoloneando no pocas veces. Y es que la naturaleza es tan certera que viene enderezando cada uno de sus actos en el más desenvuelto de los organismos nada menos que desde el primer movimiento en que el primer organismo comenzó a evolucionar. En recambio lo nacido de la reflexión lleva consigo la incertidumbre, deajo que saca todo licor que se escancie en el inestable y doblegadizo vaso, que llama el vulgo entendederas y los eruditos entendimiento. El habla vulgar es natural; la erudita es hija de la reflexión. Siglos y siglos han sido menester para que el latín moldeado en el alma popular española llegase a ser castellano vulgar; los vocablos eruditos los trae el día menos pensado el más barbilampiño de los modernistas o gongoristas,

arrancándolos del Diccionario latino o griego y pronunciándolos a la española. Tan sencilla es la marca que los distingue. No es que los unos sean viejos y los otros nuevos; preferible es un sombrero nuevo a otro viejo. Pero el lenguaje no es un sombrero; el lenguaje es el alma de la nación. Y la nación tiene hoy dos almas, con la única diferencia de que la una es natural y la otra postiza, que se la han embutido los pedantes. Pero esta única diferencia tiene muchos perendengues. El habla vulgar es el alma de la nación, que con ella se nació, que la alentó y dió vida; es el alma viva, en una palabra; y el habla erudita es una carroña que desenterraron del osario milenario que se llama Diccionario latino, le pusieron sus pantalones, su levita, sus zapatitos de charol, sus guantes y su chistera, y cáatala... tan viva como cuando pudría bajo tierra, es un alma muerta.

Pero volvamos ya a nuestro cuento. El habla erudita tiene vida en cuanto tiene del habla vulgar: es una línea pareja a la de ésta en todo su camino, apartándose en vocablos sueltos, que la levantan con cierto empaque, y se les antojan a los eruditos sublimidades en el decir, no siendo más que verrugones secos y sin vida o hincha-

zones sopladas de huera vanidad. He repartido el camino histórico que recorren ambos lenguajes en tres períodos, señalados por las tres primeras letras del alfabeto. Responde el reparto a un hecho histórico. La literatura española tiene tres grandes períodos: el medioeval, el clásico de los siglos XVI y XVII y el moderno. Hablando siempre por generalidades, los escritores del período clásico, señalado por la letra B, son los que más se allegaron al habla popular. No que se desentendieran del habla erudita; pero sí que echaron mano con mayor frecuencia y más a gusto de las voces vulgares.

El mester de clerecía era un menester de clérigos, y los clérigos creían a pies juntillas que el castellano era lenguaje avillanado, indigno de llevarse a los escritos, y ya que se llevase había de emparejar con el latín cuanto más se pudiese, porque solo el latín era verdadero y digno lenguaje de personas doctas.

De aquí que hasta los más legos y hasta los más desenfadados escritores medioevales tengan en sus escritos más palabras latinas que castellanas. Pero llegó un día, que los españoles se dieron cuenta de que también eran alguien, y de que algo valían

en el mundo. Sus hazañas les despertaron del sueño. Entonces vieron que su habla vulgar podía tenérselas con el mismo latín y aún darle quince y raya; sentimiento que se halla expresado en todos nuestros grandes escritores. Y el hecho consiguiente es que en los grandes y en los chicos desde entonces, durante todo el período clásico, se nota una singular comezón por emplear los términos vulgares, caseros y campestres, las frases y rodeos del habla común, que nada tienen que ver con el decir latino. Tengo estudiados centenares de libros de la buena época y sacadas millaradas de papeletas, y puedo ser en esto abonado testigo y además puedo asegurar que conforme va decayendo la literatura al mediar el siglo XVII, va menospreciándose en ella lo vulgar, y llegado el siglo XVIII, salvo contados escritores que han hecho alarde de españolismo, lo vulgar hasta se desprecia y tiene por grosero entre los eruditos, dándose el caso de que la Academia Española, que limpia, fija y da esplendor al idioma, tachara con la nota de anticuados un sinnúmero de vocablos, que lo eran realmente, pero solo para los eruditos; que el pueblo no tenía maldita la gana de dejarlos por viejos, como que hoy sigue usándolos tan ri-

camente y con tanto gusto, como el que tienen los eruditos con los vocablos que en su lugar han ido a traer del Diccionario latino para su uso particular y para solaz de la gente docta.

INDICE

OBRAS DE DON JULIO CEJAS

Páginas

La Enseñanza oficial.....	3
Profesorado oficial.....	9
Los libros de texto.....	17
Plan de enseñanza.....	23
¡A trabajar!.....	33
«Duelos y quebrantos los sábados»...	39
El Castellano en Castilla.....	47
El porqué del Universo.....	57
El Arte.....	69
Nacionalización de la ópera.....	75
En el Retiro.....	83
Filosofando	91
Centralización, descentralización.....	107
Filosofías acerca del habla vulgar y erudita	113

OBRAS DE DON JULIO CEJADOR

(DE VENTA EN LAS LIBRERÍAS DE
MADRID Y PRINCIPALES DE AMÉRICA)

- GRAMÁTICA GRIEGA, *según el sistema histórico comparado*, Barcelona, 1900. Pesetas 25.
- EL QUIJOTE Y LA LENGUA CASTELLANA. Madrid, 1905. (Agotada.)
- LA LENGUA DE CERVANTES. *Gramática y Diccionario de la Lengua castellana en el «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»*, Madrid, 1905-1906.—Tomo I: *Gramática*, pesetas 15.—Tomo II: *Diccionario y Comentarios*. Pesetas 25.
- CABOS SUELTOS. *Literatura y Lingüística*, Madrid, 1907. Pesetas 5.
- NUEVO METODO TEORICO-PRACTICO PARA APRENDER LA LENGUA LATINA. Cuatro tomos, Palencia, 1907-1908; Madrid, 1926. Pesetas 24.
- EL LENGUAJE. Serie de estudios, de los que van publicados los siguientes:
Tomo I: INTRODUCCIÓN A LA CIENCIA DEL

LENGUAJE. Salamanca, 1901 ; segunda edición, Palencia, 1911. Pesetas 12.

Tomo II : LOS GÉRMEENES DEL LENGUAJE.— *Estudio físico, fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes*, Bilbao, 1902. Pesetas 12. (Agotado).

Tomo III : EMBRIOGENIA DEL LENGUAJE.— *Su estructura y formación primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas*, Madrid, 1904. Pesetas 12.

Tomos IV al XII : TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, *origen y vida del Lenguaje, lo que dicen las palabras*. Pesetas 12 cada tomo.—Tomo IV : A, E, I, O, U, Madrid, 1908.—Tomo V : R, Madrid, 1908.—Tomo VI : N, Ñ, Madrid, 1909.—Tomo VII : L, Madrid, 1910.—Tomo VIII : SILBANTES (1.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo IX : SILBANTES (2.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo X : SILBANTES (3.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo XI : SILBANTES (4.^a parte), Madrid, 1913.—Tomo XII : LABIALES, B, P (1.^a parte), Madrid, 1914.

ORO Y OROPEL, novela, Madrid, 1911. Pesetas 3.

PASAVOLANTES, colección de artículos, Madrid, 1912. Pesetas 3.

MIRANDO A LOYOLA, novela, Madrid, 1913. Pesetas 3,50.

ARCIPRESTE DE HITA, edición, prólo-

- go y comentario, dos tomos, Madrid, 1913.
- FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, edición, prólogo y comentario, dos tomos, Madrid, 1913.
- MATEO ALEMAN, *Guzmán de Alfarache*, edición y prólogo, dos tomos, Madrid, 1913.
- LORENZO GRACIAN, *El Criticón*, edición y prólogo, dos tomos, Madrid, 1913-1914.
- LOS SUFIJOS INDO-EUROPEOS-TU,-TA,-TI. Madrid, 1914. Pesetas 5.
- EL LAZARILLO DE TORMES, edición, prólogo y comentario. Madrid, 1914.
- ¡DE LA TIERRA...!, colección de artículos, Madrid, 1914. Pesetas 3.
- TRAZAS DEL AMOR, novela, Madrid, 1914. (Agotada).
- EPITOME DE LITERATURA LATINA, Madrid, 1914-1923. Pesetas 5.
- MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Biografía, bibliografía y crítica*, Madrid, 1916. Pesetas 2.
- QUEVEDO, *Los Sueños*, edición, prólogo y comentario, dos tomos, Madrid, 1916-1917.
- HISTORIA DE LA LENGUA Y LITERATURA CASTELLANA, 14 tomos, a 12 pesetas cada uno : Tomo I : *desde sus orígenes hasta Carlos V*, Madrid, 1915. (Agotado).—Tomo II : *época de Carlos V*, Madrid, 1915.—Tomo III : *época de Feli-*

pe II, Madrid, 1915.—Tomo IV : *época de Felipe III*, Madrid, 1916.—Tomo V : *época de Felipe IV y Carlos II*, Madrid, 1916. Tomo VI : *época del siglo XVIII : 1701-1829*, Madrid, 1917.—Tomo VII : *época romántica : 1830-1849*, Madrid, 1917.—Tomo VIII : *época realista, 1.ª parte, antes de la revolución, 1850-1869*, Madrid, 1918. Tomo IX : *época realista, 2.ª parte, después de la revolución, 1870-1877*, Madrid, 1918.—Tomo X : *época regional y modernista, 1888-1907, 1.ª parte*, Madrid, 1919. Tomo XI : *época regional y modernista, 1888-1907, 2.ª parte*, Madrid, 1919.—Tomo XII : *época regional y modernista, 1888-1907, 3.ª parte*, Madrid, 1920.—Tomo XIII : *época contemporánea, 1908-1920, 1.ª parte*, Madrid, 1920.—Tomo XIV : *época contemporánea, 1908-1920. Fin y Apéndices. Diálogos del euskera y origen del castellano*, Madrid, 1922.

EL CANTAR DE MIO CID Y LA EPOPEYA CASTELLANA, *estudio crítico*, New York-París, 1920. Pesetas 25.

LA VERDADERA POESIA CASTELLANA, *Floresta de la antigua lírica popular, recogida y estudiada*, tomos I, II, III y IV.—Tomo V : *Historia crítica de la antigua lírica popular*, Madrid, 1921-1924. Pesetas 6, 7,50, 7,50, 7,50 y 7,50.

FRASEOLOGIA O ESTILISTICA CAS-

- TELLANA, Madrid, 1921-25, cuatro tomos. Pesetas 15 el tomo.
- TIERRA Y ALMA ESPAÑOLA. Pesetas 8.
- LA COMEDIA «EL CONDENADO POR DESCONFIADO» (*crítica*), New York-París, 1923. Pesetas 5.
- EL MADRIGAL DE CETINA (*crítica*), New York-París, 1923. Pesetas 2.
- DICCIONARIO ETIMOLOGICO LATINO-CASTELLANO. Madrid, 1926. Pesetas 15.

OBRAS PÓSTUMAS

- RECUERDOS DE MI VIDA. (Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.) Madrid, 1927. Pesetas 4.
- HORACIO, *fiel y delicadamente vuelto en Lengua castellana*, primer tomo. Madrid, 1927. Pesetas 5.
- ORIGEN DEL ALFABETO, *medallas e inscripciones ibéricas*, Barcelona, 1927. Pesetas 15.
- CINTARAZOS, con un «¿Estudio crítico?», de D. Tomás Blanco Nomdedeu, Director de «La Patria». Tomo I, Madrid, 1927. Pesetas 1,50.

EN PRENSA

- HORACIO, *fiel y delicadamente vuelto en Lengua castellana*, segundo tomo.

HISTORIA DE LA LENGUA Y LITERATURA CASTELLANA. — Tomo I: *desde sus orígenes hasta Carlos V*, dos volúmenes; 2.^a edición, completamente refundida y aumentada.
CINTARAZOS, tomo III.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

ORIGEN DEL LENGUAJE Y ETIMOLOGIA CASTELLANA.

HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA.

REFRANERO ESPAÑOL.

VOCABULARIO MEDIOEVAL CASTELLANO.

VOCABULARIO ESCOGIDO CASTELLANO.

LA VERDADERA POESIA CASTELLANA, tomos VI, VII, VIII y IX.

TOPONIMIA HISPANICA *hasta los romanos inclusive, para cotejarla con la bascongada y completar la obra de Humboldt «Los primeros habitantes de España».*

CRITICA (varios tomos de...)